
EL AQUILES

Personas que hablan en ella:

- **ULISES**
- **NICANDRO**
- **TELÉMACO, niño**
- **QUIRÓN, viejo**
- **HÉCTOR**
- **AQUILES**
- **BRISEIDA**
- **TETIS, dama**
- **LICOMEDES**
- **PELORO**
- **MENELAO, rey**
- **PATROCLO**
- **LISANDRO, príncipe**
- **DIOMEDES**
- **PALAMEDES**
- **GARBÓN, pastor**
- **DEIDAMIA, infanta**
- **CASANDRA**
- **NISIRO, soldado**
- **TEBANDRO**
- **POLICENA**
- **SOLDADOS**
- **Un CRIADO**

ACTO PRIMERO

*Salen ULISES, TELÉMACO, niño, y
NICANDRO, griego*

ULISES: Nunca al tálamo justo,
 coyundas de Himeneo,
 de Peleo y de Tetis enlazaras
 con la cerviz el gusto;
 ya que dio a Peleo
 la mano Tetis, nunca convidaras
 los dioses, ni injuriaras
 la discordia traviesa,
 cuya manzana de oro
 ponzoña dio en tesoro
 e infausta sobremesa
 a la ocasión tirana
 si hechiza a toda Grecia una manzana.

 Nunca fuera piadosa
 con el pastor tirano
 la osa tributaria de sus pechos,
 o ya que de una osa
 mamó el licor villano,
 pues al monstruo cosario pagó pechos
 nunca de él satisfechos,
 árbitro juez le hicieran
 competidores ojos,
 ocasionando enojos,
 que tal venganza esperan,
 si yo llevo la pena,
 la gloria Venus y la culpa Elena.

 ¡Ay Penélope bella!
 ¡Ay hijo amado mío!
 Mitades de mi vida; en mi tormento,
 estorbos atropella
 de amor el señorío

cuando a la honra obliga el juramento.

Contra el pastor violento
 todos los griegos reyes
 juraron la venganza
 de Menelao, y alcanza
 el rigor de sus leyes
 a mi quietud sabrosa
 seguro con tal hijo y tal esposa.

El parche vengativo
 a vuestro Ulises llama,
 detiene amor y el juramiento aprieta,
 si no me parto vivo
 con riesgo de mi fama
 al qué dirán del vulgo vil sujeta;
 si me parto, es profeta
 el alma de los daños
 que en esta ausencia temo;
 y entre uno y otro extremo,
 miedos y desengaños
 confusa traen mi vida
 partida entre el sosiego y la partida.

El honor me aconseja
 que no pierdan los ojos
 de vista esposa que apetecen tantos,
 y el mismo honor no deja
 que, asegurando enojos,
 tímido quiebre juramentos santos;
 encuéntranelos llantos
 de obligación y ausencia;
 aquélla me da prisa,
 y ésta mi muerte avisa;
 ¿qué hará, pues, mi paciencia
 sin una y otra joya,
 de tres almas en Grecia, un cuerpo en Troya?

NICANDRO: De dos forzosos daños,
 el menos peligroso
 escoge el sabio que el peligro mide;
 A tus maduros años,
 Ulises generoso,
 consultando el menor, consejos pide.

Si el alma se divide
 partiéndote de Grecia
 en las prendas que adoras
 y contando las horas
 que la quietud desprecia,
 Penélope está enferma,
 ¿por qué querrás dejar tu patria yerma?

Procure el injuriado
 vengar agravios suyos,
 y de Elena castigue la mudanza,
 que no por su cuidado
 es bien crecer los tuyos
 y a tu esposa olvidar por su venganza.
 Si tu experiencia alcanza
 los daños que recuerdas,
 ¿será prudente cosa
 por que él cobre a su esposa
 que tú la tuya pierdas?
 ¿Y que en demanda ajena
 a Penélope dejes por Elena?

TELÉMACO: Padre, no se me ausente,
 que está mi madre mala
 y se nos morirá si la desprecia;
 si mis suspiros siente
 y el tierno amor iguala
 a la hermosura y caridad de Grecia,
 ¿no será cosa recia
 que tal esposa e hijo
 por ausentarse olvide?
 Mi madre esto le pide,
 y si se va, me dijo
 que no esperase, padre,
 gozar una hora más viva a mi madre.

Pues si ella se me muere
 y el padre se me ausenta,
 huérfano de los dos, ¿de mí qué aguarda?
 Quédese en casa--¿quiere?--
 Tendrála a ella contenta
 y a mí seguro en su amorosa guarda;
 advierta que si tarda

de asegurar temores
 dos vidas atropella,
 pues muerto yo con ella,
 aumentaré dolores
 diciendo en la otra vida
 que de su esposa e hijo fue homicida.

ULISES: ¡Ay, Telémaco mío!

Persuasivo, elocuente,
 anegarme en tu tierno llanto puedes;
 cada perla es un río
 que en líquida corriente
 a las del Nilo en eficacia excedes.
 Ya viene Palamedes
 a llamarme perjuro
 si el juramento santo
 que al cielo hice quebranto;
 no está mi amor seguro
 si niego mi partida,
 ni si me parto lo estará mi vida.

 Pero si el Amor fuerza
 y el juramento obliga,
 venza el Amor, pues es mayor su exceso;
 ¿qué fuerza hay que a su fuerza
 resista, sin que siga
 yugo inmortal que a tanto dios ha preso?
 Quíteme amor el seso
 y no me quite ahora
 mi esposa por la ajena;
 robó Paris a Elena,
 si Menelao la adora,
 réstame su hermosura,
 que no hay obligación donde hay locura.

*Llévase el niño y vase. Salen
 PALAMEDES y PELORO*

PALAMEDES: No queda en Grecia señor
 que no parta contra Troya,
 y esta acción sólo se apoya

en el ingenio y valor
 de Ulises, pues sus ardidés,
 si a sabios se ha de creer,
 de más provecho han de ser
 que las hazañas de Alcides.

Juró defender a Elena
 con los demás en la ley,
 que Tíndaro, griego rey,
 si no la cumplen, condena.

Robóla Paris. Si intenta
 Ulises buscar ahora
 excusas por ver que llora
 Penélope, de su afrenta
 serán los dioses testigos;
 pues sus aras menosprecia,
 y a los príncipes de Grecia
 tendrá por sus enemigos.

El ejército me envía
 por él.

PELORO: Amor, que es más fuerte,
 y a las puertas de la muerte
 con Penélope porfía,
 o acabarla, u obligar
 a que su esposa se quede,
 en tal juramento puede
 justamente dispensar.

NICANDRO: Dejar sola tal mujer
 ni es amor ni es fortaleza,
 tiraniza a la belleza,
 ya la ausencia, ya el poder.
 Y si uno y otro se junta
 y tantos la han pretendido,
 siendo madre del olvido
 la ausencia, llore difunta
 su honra, Ulises ausente.

PALAMEDES: Penélope es la más casta
 de toda Grecia.

PELORO: No basta
 ese valor excelente
 para el recelo que lleva,

ni puede discreto ser,
siendo vidrio la mujer,
quién con la ausencia la prueba.

Según esto, no os espante,
viendo que a la muerte está,
si Ulises con vos no va.

PALAMEDES: Menos valiente es que amante;
pero yo no he de ir sin él
o ha de quedar por perjuro,
pues la victoria aventuro
que tengo cierta por él.

Sale ULISES medio desnudo y loco

ULISES: Toquen las cajas aprisa,
y pues Grecia a Troya pasa,
abrasc Ulises su casa.
¿Hércules está en camisa?
Deyanira le pegó
la ponzoña del Centauro.
Creta encierre el Minotauro,
que Pasifé le parió;
pobre Minos, ¿qué dolor
de cabeza os atormenta?
El marido que se ausenta
eche en remojo su honor.
Toro se llama la cama
del matrimonio en latín,
etimología ruín
sacará de ella la fama,
díganlo los adivinos,
mientras yo mi ausencia lloro,
¿la Pasifé con el toro
y sin azotarla Minos?
¡Oh, bellaco! ¿De malicia
qué laberintos trazáis
y a mí a Troya me enviáis?
¡Malos años! ¿No hay justicia?

PALAMEDES: ¿Qué es esto?

NICANDRO: Ulises sin seso,
 que a no perderle, no fuera
 tan discreto, ni quisiera
 su esposa en tanto exceso.

PELORO: Deja la mayor belleza
 que enamoró al dios rapaz
 el reino que goza en paz
 y un hijo de su riqueza
 y discreción heredero;
 pártese a ajenas venganzas,
 el honor teme mudanzas
 y Amor desnudo el acero.
 Quien ama cuerdo, ama poco;
 ama mucho y loco está.

PALAMEDES: Cobarde temor será
 y engaño el fingirse loco.
 Ya Grecia tiene experiencia
 de sus astucias, malicia
 es toda.

ULISES pregona y azótase

ULISES: Ésta es la justicia
 que manda hacer el ausencia
 a un recién casado--Dale.
 ¡Oh, cómo escuece el traidor!--
 que se ausenta de su honor
 y de su casa se sale.
 ¡Qué indigenta está la penca!
 Gran delito debe ser
 dejar a propia mujer
 por otra mujer mostrenca.

 Libros hay de ejemplos llenos,
 donde leerá el que los trata
 que es un asno el que se mata
 cual yo por duelos ajenos.
 Por Dios que estábamos buenos
 dejándonos en los nidos

los pajaricos perdidos
 en uñas del gavilán.
 El refrán
 diga que a muertos y a idos
 no hay amigos, mas yo trueco
 --perdóneme Dios si peco--
 a estos versos los sentidos,
 y entendidos,
 rezan con causa mayor
 que el honor
 canta, que a muertos y a idos
 no hay maridos,
 no hay maridos, que es peor.
 Pues si entre ausencias y olvidos
 de la honra no hay noticia,
 y de milicia
 a malicia va tan poco,
 ¿quién se parte a la milicia?
 ¿Ausencia necia
 a mí sacarme de Grecia?
 ¡Malos años! ¡No hay justicia!

NICANDRO: ¿Hay lástima semejante?

ULISES: ¿Yo, entre cajas y pendones,
 marido de comisiones?
 Vaya la mujer delante,
 llore y cante
 como cuerdo y como loco
 quien tiene su honor en poco,
 que yo, entre él llanto y la risa,
 ni tengo espacio ni prisa.
 Menelao su enojo aplaque
 y vengue su badulaque,
 porque, cual dijo mi abuela,
 a quien le duele la muela,
 la muela, que se la saque;
 o si no yo iré a la guerra,
 como no quede en mi tierra
 hombre que amando negocia;
 que yo ausentarme no quiero
 si no los llevan primero

a todos a Capaocia.
 ¿Penelopica en Escocia?
 ¿Yo sin Penelopica?
 ¡Fuego de Dios, cómo pica!
 Ella hilando, otros urdiendo,
 y amor la trama tejiendo
 en mohatras la avaricia
 conquistando la codicia.
 ¿Pasifé abrazando al toro
 y Venus al monstruo de oro?
 ¡Malos años! ¡No hay justicia!

PELORO: ¡Desgracia, por Dios, extraña!

NICANDRO: Notable fuerza de Amor.

ULISES: De alfeñique es el honor
 y la mujer es de caña,
 si a Paris Elena engaña
 llévese él la penitencia.
 ¿Comilo yo? ¿Hay tal sentencia?
 Mandar pagar sus amores
 justos hoy por pecadores.
 Donosa es, por Dios, la maula,
 metiérala en una jaula,
 o colgarásela al cuello,
 que yo--si quieren sabello--
 loco, mas no mentecato,
 no dejo la carne al gato
 ni a los osos la colmena;
 si Elena es mala o es buena
 allá se lo haya;
 si se fue a holgar a la playa
 tómeselo que la vino,
 que el borracho junto al vino
 dirá la jurispericia
 que es malicia.
 Lo que el Troyano comió
 ¿quieren que lo escote yo?
 ¡Malos años! ¡No hay justicia!

Vase ULISES

NICANDRO: Id tras él, que está furioso;
no le suceda algún daño.

PALAMEDES: Todo esto es ficción y engaño.
Ulises es cauteloso.
yo probaré su locura
o fingido frenesí
que no ha de excusar así
su miedo y nuestra ventura.

Vase. Sale ULISES sembrando sal

ULISES: Fuera, que soy labrador;
sal siembro en lugar de pan,
porque así no picarán
avechuchos en mi honor.
Tienen a mi esposa amor
muchos, y por Dios que es malo;
la sal preserva al regalo,
mi esposa se queda acá,
y no se me dañará
si aunque me ausente la salo.

Siembra

¿No es la sal sabiduría?
El sembrarla, pues, me importe,
que hay poca, y anda en la Corte
en coches la bobería.
Hay notable carestía
de doncellas recatadas;
las más están decentadas,
por eso me ocupo en esto,
que si se dañan tan presto
es porque no están saladas.

NICANDRO: Rey, gran señor, vuelve en ti.

ULISES: Bueno, ¿pues pareceos mal
sembrar mi casa de sal
y esterilizarla así?
El amor, ¿no es fuego? Si.

¿No es estopa la hermosura?
 Pues si abrasarla procura
 el fuego del amor ciego,
 saltar ha la sal del fuego
 y mi honra estará segura.

Ea, ya habemos sembrado;
 démosle ahora una reja;
 quien se va y su mujer deja
 no cogerá fruto honrado.

¿No entierra al grano el arado,
 que con el tiempo batalla,
 y después colmado se halla?.
 Pues quien quisiere coger
 fruto de honra en la mujer,
 cuando se ausente, enterralla.

La deshonra es, a mi cuenta,
 mastín que a la fama ladra;
 mirad si el nombre le cuadra,
 pues muerde al pobre que afrenta;
 luego si mi amor se ausenta
y da tras mí,

¿no es bueno sembrar sal? Sí;
 y no sembrarla, ¿no es malo?
 Sí; que al perro, si no hay palo,
 el remedio es "¡sal aquí."

Vosotros me serviréis
 de guebras, poneos aquí.

Ara con ellos

PELORO: Si ha de sosegarse así,
 sigamos su humor.

ULISES: ¿No veis
 que es justo que me ayudéis,
 pues cultivar mi honor quiero?
 Are el cuidado primero
 lo que la opinión sembró;
 mas con bueyes, eso no,
 que en tal tierra es mal agüero.

mejor es el azadón

Toma el azadón y cava

y ahorraremos de molestias,
que no es bien fiar de bestias
el honor y la opinión.
Quitemos toda ocasión,
ningún terrón nos impida
la cosecha en mi partida,
que es tropezón la belleza,
y la mujer, si tropieza,
dadla también por caída.

*Sale PALAMEDES con TELÉMACO en los
brazos*

PALAMEDES: Ea, Ulises, yo también
soy labrador como vos,
sembramos juntos los dos.

ULISES: Pardiez, vaya, decís bien.

PALAMEDES: Porque buen año nos den
frutos de esta sementera,
grano es Telémaco, muera,

Saca la daga

y os dará el tiempo oportuno
los hijos ciento por uno
a la cosecha primera.

Con su sangre es bien regar
la tierra, pues que no llueve;
muera, y fruto el campo lleve.

TELÉMACO: ¿Por qué me quiere matar?
Padre, llégume a vengar.

PALAMEDES: Yo seré el ejecutor,
muera el fruto, aunque esté en flor,

y multiplique despojos.

Vale a dar. Tiénele ULISES

TELÉMACO: ¿Padre?

ULISES: ¡Ay hijo de mis ojos,
 tierno efecto de mi amor!
 Si con prueba tan costosa
 se ha de excusar mi partida,
 Ulises pierda la vida
 y auséntese de su esposa.
 Mi locura cautelosa,
 Palamedes, ya ha cesado.
 Obedezcamos al hado
 y no pierda yo opinión
 con vos, pues cualquier perdón
 merece el temor casado.

PALAMEDES: Con la victoria presente
 mi fama a ilustrar comienzo,
 que, pues en ingenio os venzo,
 más que todos soy valiente.
 Vamos, Ulises prudente,
 a Troya, que la venganza
 tiene puesta su esperanza
 sólo en vos, pues más efeto
 hace un capitán discreto
 que el arnés, la flecha y lanza.
 Consolad a vuestra esposa,
 y veréis que en esta ausencia,
 si es casta por excelencia,
 os gana fama gloriosa.

ULISES: ¡Ay prenda del alma hermosa!
 En fin, me parto y os pierdo;
 honor, entrad en acuerdo,
 y pues en el mal que toco
 no bastó fingirme loco,
 sed vos en mi ausencia cuerdo.

Vanse. Salen AQUILES, que ha de hacer la mujer

*vestida de pieles con un birtón, y QUIRÓN, viejo,
también de pieles, y TETIS bizarramente vestida de
campo*

QUIRÓN: Ya no te pueden sufrir,

Aquiles, estas montañas,
a nadie dejas vivir;
de tus costumbres extrañas
todos procuran huír.

¿Qué pastor por ti no está
señalado? ¿Qué pastora,
cuando a su cabaña va,
de ti no se queja y llora,
y mil querellas me da?

No diferencias los brutos
de los hombres, ni aun los frutos
de ti se pueden librar,
pues, antes de madurar,
forzados te dan tributos.

No sé yo de qué aprovecha
lo mucho que te he enseñado,
la ciencia está satisfecha
con el natural templado
que el bárbaro ser desecha.

Hizo a la filosofía
para moderar pasiones
el Sol, que todo lo cría.
En ella te di lecciones,
y en ti lograrse podría;

la música, ya tu sabes
que con agudos y graves,
ánimos silvestres templa,
y que el que en ella contempla
le da del alma las llaves.

Tocas el arpa y la lira
y tus costumbres no tocas;
quien te oye cantar se admira,
y de tus costumbres locas
asombrado se retira.

Debajo de tal belleza,
 ¿es posible que se esconda
 tan crúel naturaleza?
 En las fieras corresponda
 al cuerpo la rustiqueza,
 pero no en ti, cuya suerte,
 si tan bello quiso hacerte,
 arrepentido repara
 que enamoras con la cara
 y con los brazos das muerte.

AQUILES: Tú tienes la culpa de eso;
 desde niño me criaste,
 Quirón, robusto y travieso;
 con leche me alimentaste
 de una onza, así profeso
 el natural heredado
 de la leche que mamé.
 Carnes de fieras me has dado
 A comer, nunca gusté
 ni la liebre ni el venado.
 En éstos el temor crece
 que huyendo los envilece;
 imitando a esotros voy.
 Bien haya, pues su hijo soy,
 quien a los suyos parece.

TETIS: ¿Hijo de las fieras?

AQUILES: Sí.

TETIS: ¿Y no mío?

AQUILES: El ser primero
 te debo, pues que nací
 de ti, pero no el postrero
 que del sustento adquirí.
 Ya sé que el Rey Peleo fue
 mi padre y esposo tuyo;
 pero como me crié
 entre estos montes, concluyo
 que en ellos me transformé.
 A Quirón me encomendaste;
 forma quejas, madre, de él
 si tan diverso me hallaste,

que yo estimo ser crüel
 en más que ser tu hijo.

QUIRÓN: Baste.

AQUILES: Voy a vengar en leones
 y tigres lo que no puedo
 en vuestras reprehensiones.

TETIS: Hijo, espera.

AQUILES: Escuche el miedo
 consejos y persuaciones.

Vase

TETIS: ¡Ay hijo del alma mía!

Ese valor ha de ser
 mi muerte, y yo he de perder,
 perdiéndote, mi alegría.

Quirón, un mortal asombro
 ocasionó mi camino;
 el oráculo divino
 y mil sabios que no nombro
 me afirman que si se parte
 con el ejército griego
 mi Aquiles a Troya, el fuego
 que Venus ofrece a Marte
 ha de ser su perdición;
 muerte le han de dar crüel,
 puesto que quede por él
 asolada la nación

que en Troya a Paris ampara.

Esto profetiza Apolo;
 es hijo Aquiles, es solo
 y es los ojos de esta cara.

Si siempre que se me acuerda
 que su luz me ha de faltar
 excede mi llanto al mar,
 ¿qué he de hacer cuando le pierda?

Tú, que su ayo y maestro
 eres desde que salió
 al mundo, y de quien fió

mi fe el amor que le muestro,
 aconséjame del modo
 que podré librar su vida,
 que a esto ha sido mi venida.

QUIRÓN: Ya yo sé que el mundo todo
 ha de registrar Ulises,
 que de buscarle se encarga,
 y a cuya prudencia larga
 los más remotos países
 no han de poder defenderle.
 Si su natural inquieto
 diera lugar al secreto,
 lo mejor fuera esconderle.
 Mas ¿cómo tendrá sosiego
 encerrada la inquietud,
 con grillos la juventud,
 y dentro la mina el fuego?
 ¿Pero qué es ello?

TETIS: ¡Ay de mí!

De dentro voces y ruido

DEIDAMIA: ¡Aquí, cazadores míos,
 favor!

AQUILES: No huyáis, persuadíos
 que no soy mónstruo.

DEIDAMIA: ¡Aquí, aquí!

AQUILES: Hechizo que el viento excedes,
 detén el curso y temor;
 hombre soy.

DEIDAMIA: Dadme favor,
 vasallos de Licomedes.

TETIS: Éste es mi Aquiles; procura
 sosegarle.

QUIRÓN: Él es de suerte
 que o los ha de dar la muerte
 o hacer alguna locura.

Vanse. Sale AQUILES con DEIDAMIA en los brazos, que vendrá

vestida de cara bizarramente. Luego CAZADORES

AQUILES: Desmayóseme en los brazos.

Pónela en el suelo

Emboscado estoy seguro;
aquí corre un cristal puro
que el cuerpo divide en lazos.
Cristal con cristal pretendo
resucitar.

DEIDAMIA: ¡Ay de mí!
¿Dónde estoy?

AQUILES: Ya ha vuelto en sí.
Dos soles están lloviendo.
Sosegad, mi cazadora,
que si da gusto la presa
a quien la caza profesa,
un alma que en vos adora
tenéis a los pies rendida;
mas ¿qué mucho la rindáis
si con dos flechas tiráis
que, dando muerte, dan vida?

DEIDAMIA: Monstruo, mas no digo bien,
que ofendo tu gentileza,
aunque tan rara belleza
monstruosidad es también.
Deidad de este bosque umbroso,
héroe, semidiós u hombre,
que no hallo decente nombre
que cuadre a tu rostro hermoso;
mira que heredera soy
hija del Rey Licomedes,
y que si el límite excedes
honesto y dos voces doy,
tengo esta montaña llena
de moneros que podrán
darte muerte y mezclarán

con mi venganza mi pena.

AQUILES: Princesa de mis ojos,
que, pues en ellos tiene
su origen mi esperanza
justo es que en ellos reines,
recelos asegura,
que no osan atreverse
a tu deidad hermosa
deseos descortesos.
Efectos tan contrarios
en mí ha causado el verte,
que hielas por lo grave
y por lo hermoso enciendes.
Solía yo, y no ha mucho,
matando entretenerme,
haciendo mal holgarme,
pacífico ofenderme,
cazando día y noche,
huían igualmente
de mí por esos campos
los brutos y las gentes.
¿Qué rústico los pisa
que en viéndome no tiemble,
de día no se esconda,
de noche no me sueñe?
¿Qué serranilla simple
me mira que dispense
con ella la hermosura
humilde por silvestre?
Los más robustos árboles
de aquestas selvas verdes,
temblándome en sus hojas
dan muestras que me temen.
Los tigres y leones,
sin que mi lucha esperen,
huyendo con bramidos
me aplauden más valiente.
Tú sola, victoriosa,
trofeos grabar puedes

en bronce inmortales,
pues sola tú me vences.
Salí a buscar venganzas
de agravios que reprenden
en canas venerables
dictámenes crüeles,
y cuando más furioso,
miréte en una fuente
copiando tu hermosura
cristales por pinceles,
templado suspendíme,
suspenso contempléte,
perdíme contemplándote,
contemplando adoréte.
En agua me abrasaste,
no sé si fue agua ardiente,
más sé que de ella forjas
rayos para vencerme.
Alzaste los dos soles,
y apenas llegó a verme
la luz que en ellos vive,
cuando a los vientos leves,
hurtándoles las alas
la fugitiva liebre,
no osó cuando corrías
correr más, por correrse.
Talares de Mercurio
me dio mi feliz suerte,
pues te alcancé amoroso
y te detuve alegre.
Desmayos y temores,
si frágiles, prudentes,
al pecho retiraron
corales y claveles.
Mas ya que restituyes
a la animada nieve
la púrpura usurpada
que a darla esmaltes vuelve,
penetra con los ojos
un alma, que entre pieles

rendida te idolatra
y humilde te obedece.

DEIDAMIA: Discreto, persuasivo,
¿en qué escuelas aprendes
retórica amorosa
en montes elocuente?
Conclúyesme elegante,
hermoso me enterneces,
compuesto me aseguras
y sabio me convences.
Si como amante obligas,
mi rigurosa suerte
hubiera excepcionado
mi gusto antes de verte,
y no tuviera padres,
cuya obediencia prende
en concertadas bodas
el alma que suspendes,
¿qué dicha como amarte?
¿Qué gloria como hacerte
del reino y alma mía
señor eternamente?
Mi padre me da esposo,
que ya por ti aborrecen
los ojos, que no ha un hora
lloraban hasta verle.
Soy hija, es rey severo
mi padre Licomedes;
¿a quién no obligan padres?
¿A quién no fuerzan reyes?
Amante de imposibles
soy ya, véngate en verme
imposibilitada
del bien que mi alma pierde.
Nunca pluguiera al hado
sacara al campo redes
que en vez de fieras y aves
su cazadora prenden,
pues volveré a mi corte,
si loca por quererte,

eternizando llantos
 que tu memoria aumenten,
 AQUILES: ¿Pues quién será bastante,
 si tú, mi bien, me quieres,
 A violentar tu gusto?
 Yo soy...

Voces y ruido de dentro

CAZADOR 1: Aquí, aquí gente.
 CAZADOR 2: Aquí, que el fiero monstruo
 nuestra princesa ofende.
 Cercad todo este bosque,
 echadle los lebreles.
 AQUILES: ¿Qué es esto?

Sale GARBÓN, pastor

GARBÓN: Señor mío,
 huye, si no pretendes
 que con tu muerte lloren
 los prados y las gentes;
 con flechas y con dardos
 cercando el bosque vienen
 morteros atrevidos
 de la princesa y reye.
 Asegurar la vida
 por este atajo puedes;
 ¿qué harán, si aquí te matan,
 sin ti Quirón y Tetis?
 AQUILES: ¡Oh estorbos envidiosos
 de los mayores bienes,
 que en cifras de hermosuras
 los cielos comprenden!
 Sabréis quién es Aquiles.
 Hermoso sol que enciendes
 un alma hasta hoy de bronce;
 si para detenerte

son ruegos poderosos
y, como afirmas, tienes
amor a quien ya llora
el verse de ti ausente,
espérame no más
del tiempo y plazo breve
que tardo en quitar vidas
a los que nos ofenden.
Garbón, sé tú mi Argos,
y mientras mi amor vuelve
a reiterar favores,
guárdame diligente
la prenda que te fío.
¡Ay cielos, si te duermes,
para pagar descuidos
qué pocas vidas tienes!

Vase

GARBÓN: Par Dios bueno; ¿yo alcaide,
en bosques, de mujeres
que aprenden cantonadas,
si aún no sé guardar bueyes?
Sabrá, señora mía,
que yo he sido sirviente
de Arquillas y Esquilón
un año y cuatro meses.
Hame hecho este muchacho
mastín suyo. ¿Qué quiere?
Par Dios, si se me escurre
que es diablo y me despierne.
Con ella ha de agarrarme
para que no me deje,
seré siquiera un rato
de tal hembra corchete.

DEIDAMIA: ¡Ay confusiones mías!
Decid, ¿aguardaréle?
Mas--¡ay!--que si le aguardo
mi honor ofensas teme.

Pues ¿qué queréis? ¿Que huya?
 Mas si en el alma viene
 al vivo retratado
 y en ella asiento tiene,
 ¿quién huye de sí misma
 que en sí misma no lleve,
 si alas, también grillos
 que vuelan y detienen?

Sale QUIRÓN

QUIRÓN: Huye, princesa hermosa,
 los ímpetus crüeles
 de un mozo ocasionado
 de amor y de años verdes.
 No aguardes cortesías
 de quien a nadie teme,
 que pocas coyunturas
 de amor fueron corteses.
 Cebado en matar hombres,
 lugar y tiempo ofrece
 para que al rey, tu padre
 y mi señor, te lleve.
 Aquí tengo un caballo
 que a los del sol excede
 y lleva pies de plumas
 con que ligera vuelas.
 ¿Qué aguardas?

DEIDAMIA: ¡Ay Amor!
 ¡Ay honra! Indiferente
 estoy entre vosotros;
 pero si la honra vence
 donde el valor se estima,
 perdone amor aleve,
 que jura hasta que goza
 y goza hasta que miente.

Vanse los dos

GARBÓN: Señor... ¡A esta otra puerta!

Llévose la; si vuelve
 Arquillas y no la halla,
 ¿que hará Garbón probete?
 El diablo que le aguarde,
 mas hétele a do viene;
 aquí hay un alcornoque,
 su hueco ha de esconderme.
 No tengo, si me agarra,
 para el primer puñete,
 que así despacha tigres
 como Garbón molletes.

Escóndese en el tronco de un árbol.

Sale AQUILES

AQUILES: Huyeron, y sin seguillos
 sólo he querido espantallos,
 que son de mi bien vasallos
 y no es justo perseguillos.
 Después que amo, traigo grillos,
 sino es para aquí, en los pies;
 aquesta mi prisión es
 y aquí me aguarda mi hechizo.
 Mas--¡ay cielos!--¿qué se hizo?

Asomándose entre las ramas

GARBÓN: (El alma traigo al revés. Aparte
 Temblando estoy.)

AQUILES: ¿Mi señora?
 ¿Mi sol, mi gloria? ¡Ay de mi!

GARBÓN: (Par Dios, si me encuentra aquí, Aparte
 que no vivo un cuarto de hora.

AQUILES: ¡Garbón, Garbón!

GARBÓN: (Agora Aparte
 topa conmigo, y si llega,

por un pie me agarra y juega
a la pelota y me arroja,
si por no hablarle se enoja,
al cielo, y desde allí a Noruega.

Más vale antes que me toque
hablarle, como que soy
su dama, y por él estoy
convertida en alcornoque.)

AQUILES: Si no queréis que provoque,
deidades, la religión
que os da el mundo sin razón,
volvedme la prenda mía.

GARBÓN: (Si a los dioses desafía, Aparte
¿qué no hará de vos, Garbón?
Si a injuriar los dioses llega
con tal furor, ¿qué no hará
de quien destilando está,
de puro miedo, pez griega?)

AQUILES: Si mi sol su luz me niega,
¿dónde irá ciego quien ama?
¡Mi bien, mi gloria!

Dentro del árbol, disimulando la voz responde

GARBÓN

GARBÓN: ¿Quién llama?

AQUILES: ¡Ay cielos! ¿Quién eres?

GARBÓN: Fui
quien te adoraba.

AQUILES: ¡Ay de mí!

GARBÓN: Y ando ya de rama en rama.
Hazte allá, que quien me toca
comete un grave pecado.

AQUILES: ¿Hate algún Dios transformado?

GARBÓN: ¡Y cómo!

AQUILES: ¿En qué?

GARBÓN: En alcornoca.

AQUILES: Si Apolo a Dafne provoca
hasta en laurel convertilla,

si Clecie a su luz se humilla
 la cabeza vuelta en flor
 y Apolo le tuvo amor,
 no es nuevo, aunque es maravilla.

¿Amábate Apolo?

GARBÓN: Sí.

AQUILES: ¿Quísote gozar?

GARBÓN: También.

AQUILES: ¿Y hüiste de él?

GARBÓN: Con desdén.

AQUILES: ¿Fuéte siguiendo?

GARBÓN: Hasta aquí.

AQUILES: ¡Que en tal ocasión me fui!

¿Llamaste algún dios?

GARBÓN: ¿Y cómo?

AQUILES: ¿Y qué dios era?

GARBÓN: El dios Momo.

AQUILES: Por sus efectos lo veo;

mas máteme mi deseo

si venganza de él no tomo.

¡Ay Amor siempre crüel!

Al árbol

Mi planta serás divina,
 como de Hércules la encina,
 como de Apolo el laurel.
 Consagraréte como él,
 ya que tuve tales fines.

GARBÓN: No es bien que en eso imagines.

AQUILES: ¿Por qué?

GARBÓN: Ya está consagrado

el alcornoque, abogado

de corchos para chapines.

AQUILES: ¿Qué disparates son éstos?

¿Quién hace burla de mí?

Desgajaréte, y así

veré engaños manifiestos.

Desgaja la mitad del árbol y sale

GARBÓN

GARBÓN: Señor, los hinojos puestos
tiemblo y te pido perdón.

AQUILES: ¿Quién eres?

GARBÓN: Yo soy Garbón.

AQUILES: ¿Qué es de mi princesa bella?

GARBÓN: Ocupada está, vo a vella.

AQUILES: ¿En qué?

GARBÓN: Si he de hablar verdad,
en cierta necesidad
que él no puede hacer por ella.

AQUILES: ¡Ah traidor!

GARBÓN: Ea, ya comienza.

AQUILES: ¿Qué es de mi bien, hombre vil?

GARBÓN: Fuése a atar un cenogil,
que tuvo de mí vergüenza.
No sé si era orillo o trenza;
pero presto volverá.

AQUILES: ¿Huyó de mi amor?

GARBÓN: Verá
cuál se la traigo.

AQUILES: Detente.

GARBÓN: Dando estoy diente con diente.
Espulgándose estará.
Luego viene, aguarde un poco.

AQUILES: ¿Huyes, villano?

GARBÓN: Me escurro.

AQUILES: Aguarda.

GARBÓN: Aguárdele un burro.

Vase

AQUILES: A qué furor me provoco.

*Va tras él, sale al encuentro TETIS y
tiénele*

TETIS: Hijo, detente.
 AQUILES: Estoy loco.
 TETIS: Ya me ha contado Quirón
 la fuerza de tu afición;
 por Deidamia estás perdido,
 a remediarte he venido.
 Fin a tus pesares pon.
 AQUILES: ¿Quién es Deidamia?
 TETIS: El espejo
 en que te miras.
 AQUILES: ¿Y adónde
 está? ¿Qué es de ella? Responde.
 TETIS: Llevóla a su padre viejo,
 Quirón.
 AQUILES: Pagará el consejo
 muriendo Quirón tirano.

Llora

TETIS: Refrena el enojo vano,
 que no eres hombre, pues lloras.
 AQUILES: Adórola.
 TETIS: Si la adoras
 yo te la pondré en la mano.
 Disponte tú a obedecerme
 y dispondréte a alcanzarla.
 AQUILES: ¿Cómo podrás tu obligarla?
 TETIS: Todo es posible.
 AQUILES: Ofenderme
 será, madre, el prometerme
 cosas que no has de cumplirme.
 TETIS: Determinate a seguirme,
 hijo, y a no replicarme,
 que tu amor sabrá enseñarme
 y mi industria prevenirme.
 AQUILES: ¿Qué me podrás tú mandar,
 por imposible que sea

que, como a Deidamia vea,
dificulte ejecutar?

TETIS: Tiéneslo de rehusar.

AQUILES: No tengas temor.

TETIS: Si así
 lo cumples, vente tras mí.

AQUILES: ¿Qué? ¿A Deidamia alcanzaré?

TETIS: Hijo, sí, y te libraré
 de los daños que temí.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen AQUILES, de dama bizarramente vestida de camino,
y TETIS*

AQUILES: ¡A extrañas cosas me obligas!

TETIS: Transformaciones de amor
 dan a los dioses valor.

AQUILES: Es verdad; mas no me digas,
 madre, que no degenero
 con aquestos trajes viles
 de mi ser. Yo soy Aquiles
 con gentil arnés de acero.

 ¿Para la guerra me ensayas
 que en Troya Grecia me ofrece?

 ¿Fama mi valor merece
 entre chapines y sayas?

 Afuera pasiones locas,
 que con cobardes cautelas
 corchos viles por espuelas
 y por la celada tocas
 entorpecen mi valor.

 ¡Vive Dios que he de rompellas,
 pues no es bien que infame en ellas
 mi opinión un torpe amor!

TETIS: Cuando a Hércules se iguale
 el que disfrazas tu ser,
 y en hábito de mujer
 le contemples con Onfale,
 dejarás de estar confuso;
 pues no te aconsejo yo
 que, si Hércules hiló,
 juegues tú a la rueca y huso.

Nunca mucho costó poco,
mucho si amas has de hacer.

AQUILES: ¿Yo vestido de mujer
y no me juzgas por loco?

Bien lograré de Quirón
las lecciones y ejercicios
con que, refrenando vicios,
pieles del tigre y león
despedazados por mí
por galas me acomodaba,
y en vez de triunfos me daba
los brazos viéndome así.

¿Qué diría si me viese
de infame mujer vestido?

TETIS: Eso fuera, hijo querido,
cuando Quirón lo entendiese;
mas sólo hemos de saberlo,
después del cielo, los dos.

AQUILES: Pues ¿no sabrá que algún dios
en mi afrenta puede verlo?
Esta razón te convenza;
que merece infames nombres
quien se esconde de los hombres
y de Dios no se avergüenza.

Cuanto y más que, aunque pudiera
ser posible el ocultar
de los dioses el obrar
cosa que justa no fuera;
el que en valor se señala
no lo ha de dejar de hacer
porque ellos lo puedan ver,
mas porque es de suyo mala.

Deidamia y su amor perdone,
que, aunque la adoro, no es justo
que oprima a la honra el gusto
y tal infamia ocasione.

¡Vive Dios, que de afrentado
de la vileza presente,
tengo de huír de la gente
y nunca entrar en poblado!

¿Yo joyas, sedas y rizos?

¿chapines y tocas yo?

TETIS: Siempre el amor inventó
galas, disfraces y hechizos;
mas, pues no quieres usallos,
procura olvidar, si puedes,
a la hija de Licomedes
que, aunque salen sus vasallos
en su nombre a recibirnos,
y él desea tanto vernos,
fácil nos será volvernos
y de su corte encubrirnos.

Quien sus pasiones reprime
no tenga amor, pise estrellas;
Deidamia es de las más bellas
que honran su deidad sublime;

goce Lisandro las glorias
que dejas tú, pues se casa
con ella, y tú el tiempo pasa
en atormentar memorias,
de puro honrado, homicidas.

Galas lascivas desnuda,
de opinión y traje muda,
asalta las defendidas
murallas que en Troya empieza
a guarnecer el valor
mientras Lisandro al amor
ejecuta en la belleza
de Deidamia.

AQUILES: ¿Quién es ése
que a mi dueño ha de gozar?

TETIS: Con quien la quiere casar
su padre.

AQUILES: Eso no, aunque fuese
pública al mundo la infamia,
de aquestos disfraces viles;
pues sólo merece Aquiles
la hermosura de Deidamia.

Vence, Amor, vuestro poder,
dioses, los que habéis amado.

Aquiles enamorado
se disface de mujer.

No pierda yo mi opinión
con vosotros, que no es nuevo
en Neptuno, Jove y Febo
transformarse. Dioses son
y hombre Aquiles, que hoy imita
a Júpiter vuelto en toro,
águila, cisne, nube, oro
con que mi amor acredita.

Celoso estoy, mis desvelos
fuerzan lo que amante dudo,
que lo que el amor no pudo
siempre lo acaban los celos.

Madre, al rey vamos a hablar
y a dar a Lisandro muerte.

TETIS: Lo que te he enseñado advierte.

AQUILES: Sólo dificulto andar
sobre estos corchos, no quepo
en ellos ni se regillos;
fueran acerados grillos
cadenas, prisiones, cepo,
que con hacerlos pedazos
quedara libre después;
mas con corchos a los pies
y con puños en los brazos,
terribles cosas me mandas,
¡que prender puedan a Aquiles
corchos y telas sutiles,
y en vez de maromas, randas!

TETIS: Todo es fácil a quien ama.
Cuando estés en la presencia
del rey, haz la reverencia
que te he enseñado de dama;
vuélvela a ensayar aquí.

Hace una reverencia de soldado

AQUILES: Si la errare no te asombre.

TETIS: Ésa es reverencia de hombre.

AQUILES: Y ésta de mujer. Caí.

Cáese de los chapines

Juráralo madre yo
que en haciéndome mujer
había luego de caer.
Mas ¿qué es esto?

TETIS: El rey salió
de mi venida avisado,
tu dama y competidor.

AQUILES: Sólo esta vez el temor
mi corazón ha usurpado;
los efectos del vestido
me pegan su liviandad.

TETIS: Hijo, en la dificultad
tu ciego amor te ha metido;
ten con las acciones cuenta
que te enseñé.

AQUILES: Harélo así.

TETIS: Si te conocen aquí
caerás en mayor afrenta.
Mira no echés a perderlo.

AQUILES: Amor, ayudadme vos,
porque si no, vive Dios,
que habemos de revolverlo.

Salen LICOMEDES, viejo; DEIDAMIA, con otro vestido;

BRISEIDA, dama; PELORO y LISANDRO

LICOMEDES: Ya se me cumplió el deseo
que de conocer tenía
a quien, siendo sangre mía,
es esposa de Peleo.

Dadme, señora, los brazos.

TETIS: Con ellos el alma os doy,
pues asegurando estoy

en ellos mortales lazos
 que mi agravio pronostican,
 no hallando en vos, gran señor,
 el esperado favor
 que mis remedios publican.

Llegad a besar la mano,
 Nereida, al rey vuestro tío.

AQUILES: En ella el amparo fío
 que ha de hacer mi temor vano;
 pues, fuera de ser mujer,
 soy, gran señor, deuda vuestra,
 y vos espejo en quien muestra
 la clemencia su poder.

(¿Cuál de aquellos dos será Aparte
 que Deidamia trae al lado,
 el que a mi amor y cuidado,
 veneno entre celos da?
 Gana tengo, vive Dios,
 de dar tras todos.)

LICOMEDES: Admiro,
 de la belleza que miro,
 hermosa sobrina, en vos,
 de vuestros padres la suerte,
 pues que les dió su ventura
 en vos toda la hermosura
 y en vuestro hermano el más fuerte
 héroe que la guerra apoya;
 pues, según dice la fama,
 su Marte, Grecia le llama,
 y destrucción suya Troya.

AQUILES: No quedará vuestra alteza
 de esa dicha defraudado,
 pues en mi prima ha cifrado
 su amor, armas y belleza.
 Belleza con que enamora
 y armas con que quita vidas,
 puesto que por bien perdidas
 se den por vos, gran señora.

DEIDAMIA: No sé yo con qué pagar,
 prima, tan nuevos favores;

mas salgan por mis fiadores
los brazos que os llevo a dar.

AQUILES: (¡Ay! Quién en ellos pudiera Aparte
sosiego eterno tener.)
Deseo de conocer,
princesa, a quien sea espera
dueño de vuestra hermosura.
(Causa de mi envidia ha sido Aparte
y mi camino.)

LISANDRO: Elegido
para tan alta ventura
espero ser, si llamado
soy por el rey, mi señor.

AQUILES: Yo sé cierto opositor,
a quien celos habéis dado,
que podrá ser no consienta
que malogréis su esperanza.

LISANDRO: Basta para mi venganza
que él tanto mis dichas sienta;
que en las victorias de amor
son los triunfos más lustrosos
que tienen más envidiosos;
mas ¿quién es mi opositor?

AQUILES: Yo que basto, y yo que sobro.

TETIS habla aparte a su hijo

TETIS: Hijo: ¿te quieres perder?

LISANDRO: Si de mujer a mujer
hay celos, yo no los cobro,
Nereida hermosa, de vos;
pues antes acrecentáis
el amor que en mí envidiáis.

AQUILES: (Que esto sufro, ¡vive Dios, Aparte
que estoy...)

TETIS: (Hijo: sé discreto.) Aparte

LISANDRO: Ya por vos en más me estimo.

AQUILES: (¡Ay, si los corchos arrimo, Aparte
qué mala boda os prometo!)

LISANDRO: Descansad, prima querida,
 porque quede satisfecho
 del favor que me habéis hecho.
 ¿Sabré de vuestra venida
 la causa?

DEIDAMIA: (La imagen propia Aparte
 del monstruo hermoso a quien di
 el alma retrata en sí
 Nereida; basta ser copia
 de tan bello original
 para adorarla.

TETIS: (¡Hijo mío! Aparte
 refrena el gallardo brío
 de tu inquieto natural.)

AQUILES: (Pídeselo tú á los cielos; Aparte
 que si libre de pasiones,
 despedazaba leones
 Aquiles, ¿qué hará con celos?)

LISANDRO: Peloro: hermosa mujer.

PELORO: Por extremo.

LISANDRO: Al lado de ella,
 si fue sol Deidamia bella,
 sombra suya viene a ser.

*Vanse. Salen ULISES y DIOMEDES, de camino, y GARBÓN de
 soldado gracioso*

ULISES: En fin, ¿vos fuísteis criado
 de Aquiles y de Quirón?

GARBÓN: De Arquillas y de Esquilón
 los bueyes he apacentado;
 mas como Arquillas se ha ido
 y Esquilón llora por él,
 yo, que no me hallo sin él,
 en busca suya he venido
 de soldado, como ve.

DIOMEDES: ¿Sois valiente?

GARBÓN: Temerario.
 Mi padre fué boticario

de mi pueblo, y le heredé,
 no en tanto bote y redoma
 como dejó el pecador,
 que eso dio en un acreedor;
 mas con su pan se lo coma,
 sin tenerle nadie envidia;
 porque tal vez cuando mozo
 vi venderle agua del pozo
 por de llantea y de endivia;
 y porque no se muriera
 un su amigo que enfermó,
 dos rábanos le vendió
 por raíz de escorzonera.

No le heredé, en fin, en esto.

ULISES: Pues ¿en qué estribó la herencia?

GARBÓN: A cabo de la dolencia,
 el pie en el estribo puesto,
 antes de expirar me dijo,
 "Id a la guerra, Garbón,
 ganaréis más opinión
 que en este oficio prolijo;
 que no van los boticarios
 al cielo, ni yo allá iré;
 armas, Garbón, os daré,
 que maten vuestros contrarios
 mijores que las saetas
 que el dios Marte inventó."
 Y luego sacar mandó
 estas sartas de recetas,

*Saca debajo del vestido dos sartas de recetas como
 las de los boticarios*

diciéndome, "No os asombre
 con éstas miedo o fortuna,
 que no hay receta aquí alguna
 que no haya enterrado su hombre."

¿Cuando empuñe la jineta
 tendrá mi valor segundo

si despacho al otro mundo
a troyano por receta?

DIOMEDES: No decís mal.

GARBÓN: Vo a buscar
a Arquillas, porque reparta
con él de estas la una sarta,
y ambos podremos matar
troyanos que sea un joicio.

ULISES: Pues ¿sabéis dónde está vos?

GARBÓN: ¿Si lo sé? Bueno, por Dios,
¿pensáis que vengo de vicio?
¿No andáis los dos a buscarle?

DIOMEDES: Impórtanos saber de él.

GARBÓN: Pues yo, que andaba con él
esta tarde, pienso hallarle.

ULISES: ¿Cómo?

GARBÓN: Mira, el otro día
cazaba por esta sierra
la señora de esta tierra,
que se llama...

ULISES: Ésa sería
Deidamia.

GARBÓN: Pienso que sí,
hija del rey...Nicomedes...
Nicenades...

ULISES: Licomedes
se llama el que reina aquí.

GARBÓN: De ésa, pues, se enquillotró
nueso Arquillas de manera,
viéndola en una ribera,
que con ella se emboscó
por una alameda oscura.
Quiso librarla su gente
y el muchacho, que es valiente,
acometerlos procura
y a mí me encarga el guardarla.
Esquilón tiró con ella
y a su padre fue a traella.
Yo, luego que vi llevarla,
metíme en un alcornoque

de miedo de su amador.
 Dio conmigo su furor;
 mas primero que me toque
 afufélas lindamente,
 y entre matas me escondí.
 Él, que quiso dar tras mí,
 a su madre topó enfrente.

DIOMEDES: La reina Tetis es ésa.

GARBÓN: Si la reina Tetis fue,
 yo, lo que le habré no sé,
 que estaba la mata espesa
 y lejos; pero llevóle
 consigo; seguílos yo,
 que en fin Arquillas me dio
 su pan, y luego vistióle
 de mujer en la espesura;
 el para qué, Dios lo sabe,
 y vuelta una dama grave
 no vi más bella figura.
 Anocheció y acogióse
 con él del modo que digo,
 y yo, como veis, le sigo,
 sospechoso de que cose
 costuras de amor agora
 con su dama hecho mujer.
 Malicias deben de ser,
 que es la malicia pastora;
 mas sea lo que se fuere,
 a que me reciba voy
 por su dueña, que aunque estoy
 tan barbado, quien me viere,
 así, dirá, si es persona,
 que es invención pelegrina
 que a una dama masculina
 sirve una dueña barbona.

Vase

ULISES: Diomedes, este villano

malicioso dio en lo cierto.

Aquiles está encubierto
ciego de un amor liviano.

El oráculo divino
así lo significó;
el cargo Grecia medió
de buscarle; hoy determino
de mis astucias valerme
hasta descubrir a Aquiles.
Entre galas femeniles
vela Amor y Marte duerme.

DIOMEDES: Si no se puede ganar
Troya, como pronostica
Apolo, sin él, aplica
marañas con que sacar
de tal afrenta al mejor
héroe que conoce Grecia.

ULISES: Puesto que Aquiles desprecia
torpemente su valor,
Ulises soy, mercader;
he de comprar una joya
que tenga por precio a Troya.

DIOMEDES: ¡Tal varón en tal mujer!

Vanse. Salen AQUILES, de mujer y DEIDAMIA

DEIDAMIA: Ya, prima, que se partió
vuestra madre, y asegura
en mi corte la hermosura
que, prudente, receló,
en su reino, tendré yo
con vos entretenimiento
que dilate mi contento
y haga sabrosos los días
que en tristes melancolías
me daban antes tormento.

AQUILES: Yo en vuestra conversación,
prima hermosa, transformado,
como hombre, por Dios la he hallado

transformado el corazón.
 Perderé la inclinación
 que a ejercicios varoniles
 tengo, juzgando por viles
 los del femenil regalo,
 porque en cuanto esto me igualo
 y soy lo mismo que Aquiles.

Cuando el parche ronco suene,
 el estrado y la almohadilla
 por el arnés y la silla
 trocar mi valor ordena.

Como Paris robó a Elena
 y vio en furor encenderme
 mi madre, temió perderme,
 y en vos, para asegurarme,
 quiso, Princesa, emplearme,
 mejor diré suspenderme;

que a no haberos visto a vos,
 yo soy hombre...

DEIDAMIA: ¿Cómo es eso?

AQUILES: ...en el valor que profeso.
 Soy hombre...

DEIDAMIA: Bien.

AQUILES: Que a los dos
 adúlteros...¡Vive Dios!...

DEIDAMIA: Pues, ¿juráis siendo mujer?

ULISES: En llegándome a encender
 tengo el corazón soldado;
 lo jurado sea jurado;
 no me pude contener.

Tratemos en otras cosas
 más apacibles y blandas.

DEIDAMIA: En labrar sedas y holandas
 las mujeres generosas
 pasan las horas ociosas.
 ¿Qué labor hacéis mejor?

AQUILES: Cadeneta, con que amor
 me prende, bordo y esmalto,
 y también haré punto alto,
 si alcanzo vuestro favor.

DEIDAMIA: Lisonjera estáis. ¿Sabéis bordar?

AQUILES: Lienzos de murallas,
de escalas con que asaltallas.

DEIDAMIA: ¿A las armas os volvéis?

AQUILES: Como vos no refrenéis
mi bélica condición,
llévame mi inclinación
a los marciales extremos.

DEIDAMIA: ¡Extraña cosa! Bordemos
en buena conversación.
Divertiréisos así.
Sacadnos los bastidores.

Sacan dos bastidores de bordar

AQUILES: (Dos balas fueran mejores; Aparte
ya llegó lo que temí.)

Siéntanse a la labor

DEIDAMIA: Sentaos, prima hermosa, aquí.
Lo que el ingenio dibuja,
matice después la aguja.

AQUILES: (¡Cielos! ¿Hay afrenta igual? Aparte
Mejor que aguja y dedal
fuera la lanza en la cuja.)

DEIDAMIA: No os asentáis como dama.

AQUILES: La culpa tienen los pies,
que no se doblan después
que toca parches la fama.

DEIDAMIA: ¡Notable mujer!

AQUILES: Quien ama,
poco, a la labor se aplica.

DEIDAMIA: Esta banda, es cosa rica,
bordadla.

AQUILES: Bordadla vos;
que yo no sé, vive Dios,
punto, labor ni vainica.

Mas, ¿qué esto?

*Salen esgrimiendo con espadas negras un MAESTRO de
esgrima y LISANDRO*

MAESTRO: De la lanza
bien las lecciones sabéis;
ahora ensayar podéis
lo que en la esgrima se alcanza.

LISANDRO: Para cortar una pica
rebatiendo el bote así.
¡Oh señoras, rinda aquí
las armas que Marte aplica
A las de vuestra belleza,

Suelta la espada negra, y vase el MAESTRO

pues siempre fue vencedor
desnudo y ciego el Amor
..... [-eza].

DEIDAMIA: Tan bien, Lisandro, parece
en un príncipe la espada,
como la aguja ocupada
en la mujer que ennoblece.
Ejercitad vos, señor,
las armas y ejercitemos
las nuestras, y cumpliremos
nuestra profesión.

LISANDRO: Mejor
es que goce quien os ama
la ocasión que Amor ofrece.
Guerra la labor parece
no menos digna de fama
que la que Belona encierra;
en las telas que tejió
Aragnes desafió
a la diosa de la guerra.

Señal de su semejanza,
de telas la aguja gusta,
y en la tela el valor justa
labrando hazañas la lanza.

De la celada es retrato
el dedal, y siendo así,
bien puedo aprender aquí
lo que entre las armas trato.

Labrad vos, que de rodillas
tomaré lección más bien.

Hinca la rodilla al lado de DEIDAMIA

AQUILES: Nunca parecieron bien
espadas entre almohadillas.

Quitaos, Lisandro, de ahí,
o si no quitaréos yo.

LISANDRO: ¿No amó Marte a Venus?

AQUILES: No.

LISANDRO: Historias dicen que sí.

AQUILES: Dejemos historias ya
y tened en más estima
las armas.

DEIDAMIA: ¿Qué es esto, prima?

AQUILES: Desprecio de ver que está
a los pies de un bastidor
una espada afeminada;
que estimo en más yo una espada
que a toda vuestra labor.

¿Vos sois hombre? Por los cielos,
que estoy... Dejad ese lado.

LISANDRO: ¿De esto os habéis alterado?

AQUILES: Tengo razón, tengo celos.

Sale un PAJE

PAJE: Gran señora, [el rey te llama.]

DEIDAMIA: A ver lo que manda voy;

mientras que con él estoy
 no sentiréis con tal dama
 mi dilación, prima mía;
 sustituid vos por mí,
 que al momento vuelvo aquí.
 Mas mirad que no querría
 formar celos de los dos,
 que temo vuestra hermosura

*Vanse DEIDAMIA y el PAJE. Quédanse,
 AQUILES labrando y LISANDRO hinca la rodilla a su lado*

AQUILES: Andad, que menos segura
 estáis de mi prima vos.

LISANDRO: Agradecer debo a Apolo,
 mi Nereida, esta ocasión,
 pues terciando en mi pasión
 con vos me ha dejado solo.

 Antes que vuestra belleza
 nuestra corte y reino honrase
 y en ella a vistas sacase
 milagros naturaleza,
 amaba a Deidamia yo;
 mas, en viéndoos, mis deseos
 mejoraron los empleos
 del alma que se os rindió.

 Y si no es que presunciones
 mi amor loco desvanecen,
 yo sé que me favorecen,
 vuestras imaginaciones;

 pues los celos que mostráis
 porque amo a Deidamia bella,
 siendo vos mujer como ella,
 ¿quién duda que los formáis
 por quererme bien a mí?

Y tan loco de esto estoy,
 que el alma rendida os doy
 olvidando desde aquí
 de la princesa hasta el nombre,

que mis dichas violentaba.

AQUILES: (¿Esto Aquiles os faltaba? Aparte

¿A mí me enamora un hombre?

A menos que esto vendremos;

basta que debo de ser

hermosa para mujer.

¿Hay amores más blasfemos?)

LISANDRO: Queréis, Nereida divina,
admitir mi fe?

AQUILES: (¡Oh, malhaya Aparte

el disfraz e infame saya

que me afrenta y afemina!)

LISANDRO: Dadme una mano a besar

y en mi vida os daré celos.

AQUILES: No puedo negarla.

Dásela, y apriétale y da gritos

LISANDRO

LISANDRO: ¡Ay cielos!

Soltad, ¿queréisme matar?

AQUILES: No; mas premiar el cuidado
de vuestro amor.

LISANDRO: No apretéis
de esa suerte.

AQUILES: ¿Qué queréis?

Yo siempre quiero apretado.

Mas para que no seáis
mudable, cuando mi prima

por dueño suyo os estima,

y lecciones aprendáis

que os den nombre de valiente,

yo enseño de esta manera.

Levántase y toma la espada de esgrima, y

échale a espaldarazos

LISANDRO: Señora, señora, espera.

AQUILES: ¡Ah cobarde!

LISANDRO: Mujer, tente.

AQUILES: Mirad si me sé tener
de aquesta suerte mejor
que en corchos.

LISANDRO: ¡Favor, favor,
que me mata esta mujer!

*Vase. Sale DEIDAMIA y vuélvese AQUILES a la
labor*

DEIDAMIA: ¿Qué es esto? ¿quién está dando
voces? ¿Quién alborotó
el palacio, prima?

AQUILES: ¿Yo?
Aquí me he estado bordando.

DEIDAMIA: ¿Qué es de Lisandro? ¿Qué has hecho?
¿Qué fue?

AQUILES: Que no ha sido nada.
Ahí tomamos la espada
los dos, y no es de provecho
lo que sabe por tu vida.

DEIDAMIA: ¿Luego con él reñido has?

AQUILES: Que no, prima; no fue más
de echar una ida y venida.

DEIDAMIA: ¿Hay semejante mujer?
Pues ni has de esgrimir.

AQUILES: ¿Qué quieres?
También ha habido mujeres
belicosas. Iba a hacer
la naturaleza en mí
un varón, y arrepintióse,
hizo medio hombre y quedóse,
lo que en mí faltaba, así
acabó lo que quedaba
en mujer.

DEIDAMIA: Extraña estás.

AQUILES: Como estaba hecho lo más
y el alma que me animaba

fue varonil, no te asombre
 que corresponda a mi ser.
 En la cara soy mujer
 y en todo esotro soy hombre.

DEIDAMIA: ¿Qué dices, prima? ¿Qué es esto?

AQUILES: Que, si me tienes amor,
 sigas, princesa, mi humor;
 solas estamos, yo he puesto
 los ojos en ti de suerte
 que, como si varón fuera,
 no sufro que otro te quiera,
 porque mi vida es quererte.
 Supón que no soy mujer,
 sino un hombre que te adora,
 ama, cela, riñe, llora,
 podremos entretener
 el tiempo así, y yo quedar
 satisfecha en este empleo,
 que extrañamente deseo
 saber si sé enamorar.
 Finge que mi dama eres
 y yo tu galán.

DEIDAMIA: ¡Quimera
 donosa!

AQUILES: De esta manera
 se entretienen las mujeres
 cuando apetecen casarse,
 engañando el gusto así
 unas con otras; yo vi
 muchas damas ensayarse
 cuando niñas, que amor ciego
 travesea a todas horas.
 Los señores y señoras
 llaman los niños a un juego
 en que contentos imitan
 lo que a sus padres oyeron.
 Y en materia de amor vieron,
 con que después facilitan
 dificultades mayores
 que trae consigo el recato.

Holguémonos así un rato,
que aun de burlas, los amores
entretienen, prima mía;
si esto me niegas, me enojo.

DEIDAMIA: Alto, cúmplase un antojo
y acaba con tu porfía.

AQUILES: ¿No tengo yo la apariencia
para un galán extremada?

DEIDAMIA: A lo menos, retratada
miro en tu rostro y presencia
la de un hombre cuya copia
eres y me hechizó a mí
no ha mucho.

AQUILES: ¡Oh! Pues siendo así,
saldrá la fiesta más propia.
Veamos cómo se ensaya
nuestro amor y mi ventura.

DEIDAMIA: ¿Yo, en fin, hago la figura
de dama?

AQUILES: Sí.

DEIDAMIA: Vaya.

AQUILES: Vaya.

Hace que sale del vestuario

En busca de un alma vengo
que en un monte me robaron
dos ojos que saltaron
tesoros que en ella tengo.
De sus descuidos me vengo
si el vengarlos es llorar.

DEIDAMIA: Espera. ¿No has de tornar
nombre de hombre?

AQUILES: Prima, sí.
Aquiles soy desde aquí.

DEIDAMIA: Vaya.

AQUILES: Vuelvo a comenzar.
En busca de un alma vengo
que en un bosque me robaron

dos ojos, en quien cifraron
 el sol que en el alma tengo.
 ¡Oh qué albricias os prevengo
 si la vuelvo a hallar, amor!
 Sed vos su descubridor;
 pues siendo la luz efeto
 del fuego, no habrá secreto
 contra vuestro resplandor.

DEIDAMIA: En un bosque, cazadora,
 me dio caza una belleza
 que de la naturaleza,
 siendo efecto, es vencedora.
 En su ausencia el alma llora,
 y huyendo de ella la sigo.
 ¡Ay doméstico enemigo!
 ¡Qué mal su remedio prueba
 quien huye amando, si lleva
 lo mismo que huye consigo!

AQUILES: ¡Prenda mía!

DEIDAMIA: ¡Amado dueño!

AQUILES: No se huelga el que soñó
 que sus tesoros perdió
 viendo después falso el sueño,
 ni cuando restaura el dueño
 el primogénito huído,
 como yo restituído
 al sol que mis ojos ven,
 pues no se conoce el bien
 como después de perdido.

DEIDAMIA: No se regocija tanto
 el que en el naufragio llora
 si ve que el tiempo mejora
 y cesa el mortal espanto;
 ni el que tras la pena y llanto
 goza su gusto cumplido,
 como yo, dueño querido,
 hoy que mis dichas os ven,
 pues no se conoce el bien
 como después de perdido.

AQUILES: ¿Que tal merezco escuchar?

Pero claveles que amparan
 jazmines que a Amor separan,
 ¿qué han de brotar sino azahar?
 Bien pueden dioses gozar
 el néctar que consagrado
 su ser ha inmortalizado,
 que no iguala al que adquirí,
 ni hay tal néctar para mí
 como un favor sazonado.

DEIDAMIA: ¡Qué llegó la suerte impía,
 después de tantos suspiros
 a transformar por oídos
 mis penas en alegría!
 Bien puede de su ambrosía
 gozar Jove regalado,
 que aunque inmortal, no ha igualado
 al que con vos adquirí,
 pues no hay gusto para mí
 como un amor sazonado.

AQUILES: ¿Hay tal contraposición
 de palabras y favores?
 Dioses, envidiad amores
 de tan sabrosa sazón.
 Labios, gozad la ocasión
 de los cristales presentes;
 manos, de quien manan fuentes
 de eterna felicidad,
 mis labios comunicad
 y admirarán elocuentes.
 Brazos en que Amor procura
 depositar su consuelo,
 zodiaco sois del cielo,
 ceñid orbes de hermosura.
 Lengua que en tal coyuntura
 su intérprete el alma os llama,
 pedid lenguas a la fama
 porque en hipérboles sabios
 alma, brazos, lengua y labios
 celebren a quien os ama.

Besa la mano

¡Ay nieve, que helada abrasas!
 ¡Ay fuego, que ardiendo hielas!
 ¡Ay mano, en fin, que consuelas
 cuando con flechas traspasas!
 Por la boca al alma pasas;
 y cuando mis penas locas
 envidian penas que tocas,
 todos mis miembros se holgaran,
 porque todos te besaran,
 a ser un Argos de bocas.

DEIDAMIA: Paso, prima, que parece
 que va esto de veras.

AQUILES: Pues,
 ¿luego esto de burlas es?

DEIDAMIA: ¿No jugábamos?

AQUILES: Ofrece
 Amor, que entre juegos crece,
 nuevo fuego a mis quimeras;
 de burlas matarme esperas
 cuando de mi amor te burlas.
 Llegueme al fuego de burlas
 y heme abrasado de veras.
 Mas di, prima, ¿te pesara,
 ya que lo más hemos hecho,
 si mi amor te ha satisfecho,
 que en hombre me transformara?

DEIDAMIA: Que estás perdida repara.
 ¿Eso, cómo puede ser?

AQUILES: ¿Júpiter no puede hacer
 que mi ser conforme al nombre?
 Tiresias fue primero hombre
 y después se vio mujer.

Haz cuenta, pues, que hombre soy

DEIDAMIA: Ésta es cuenta sin provecho.

AQUILES: ¿Te holgaras, di, di?

DEIDAMIA: Sospecho
 que en la ocasión en que estoy...

Déjame, prima.

AQUILES: Y si hoy
fuera yo hombre generoso,
¿me admitieras por esposo?

DEIDAMIA: Como padre no tuviera,
o a Lisandro despidiera,
mi amor fuera el venturoso.
Pero ¿de qué ha de servir
desvanecernos en esto?
Ya yo al juego fin he puesto.

AQUILES: Y yo tirano al vivir.
En fin, ¿piensas admitir
a Lisandro?

DEIDAMIA: Si los cielos
quieren premiar sus desvelos,
¿qué he de hacer?

AQUILES: Pues oye ahora,
verás que como enamora
sabe Aquiles pedir celos.

No creyera yo, a latir
de tan generoso pecho
y tan divina hermosura,
que las mudanzas del tiempo
tuvieran jurisdicción
sobre vuestros pensamientos,
hoy mudables y olvidados,
ayer amantes y tiernos.
Yo soy hermana de Aquiles,
y Aquiles es a quien dieron
en un monte vuestros ojos
vida y muerte en un sujeto.
Contado me ha los amores
que en una fuente pudieron
retratar en vuestra cara
engaños y fingimientos;
retratos en agua, en fin,
mudable y común espejo,
que cuantos llegan imita
en aire, acciones y cuerpo,

y en apartándose de ella
desaparece en el viento
la imagen representada
con todos lo mismo haciendo.
Llega el hombre, el ave, el bruto,
y con líquidos reflejos
los imita sin saber
distinguir merecimientos;
fuente es vuestra voluntad,
pues con los mismos efectos
sin hacer distinción ama,
imita y olvida luego.
Llegó mi hermano a adoraros,
vióse en vuestros ojos bellos
retratado y admitido,
¿quién creyera que tan presto
como se ausentó borrarán
olvidos, en vos ligeros,
copias que amor ingenioso
creyó eternizar con fuego?
No hacéis honrosa elección
--porque el agua os presta ejemplos--
entre Lisandro y Aquiles;
siendo éste un héroe no quiero
loárosle, que en fin es
mi hermano, aunque compitiendo
se permite el alabanza
que alegue de su derecho;
díganlo las fieras mismas
que tantas veces sirvieron
a sus brazos de despojos,
a su valor de trofeos.
Díganlo las inclemencias
de un monte, pues no pudieron
defraudar a su hermosura
milagros que admira el cielo.
Díganlo los dioses mismos,
pues, encerrado en desiertos,
a sus oráculos hacen
de su valor pregoneros.

Díganlo sabios y reyes
y hasta el injuriado griego
que, sin más en su favor
que en el que de tantos reinos
vienen a vengar su agravio,
pues sin Aquiles es cierto
que no ha de ganarse Troya,
según vaticina Delfos.

Dilo tú misma, que absorta,
en medio de un bosque espeso,
la caza hiperbolizaste
de quien ya haces menosprecio
por Lisandro, por un hombre
en quien, indigno de serlo,
sacó una espada de esgrima
a vistas su infamia y miedo;
huyendo le eché de aquí.

Mira en que defensa has puesto
tu honra. Si como a Elena
te roba Paris, soberbio,
dirás que obedeces gustos
de tu padre, rey severo,
cuyo natural dominio
te violenta a su respeto;
pero engañaste, Deidamia,
que sólo engendran los cuerpos
los padres, las almas no,
que Dios las infunde en ellos,
y no siendo el hombre causa
del alma, pues no es su efecto,
no tiene jurisdicción
sobre ella, si no es el cielo.

Amor de la voluntad
es acto, cuando es perfecto;
la voluntad es potencia
del alma, que es su sujeto.

El padre no engendra al alma,
pues la crían dioses, luego
fuera estará del dominio
de tu padre; y según esto,

no tienes obligación
 de sujetar a decretos
 humanos lo que al divino
 pertenece de derecho.
 Di tú que la ingratitud
 e inconstancia de tu pecho;
 el ser mujer semejanza
 del humo, la sombra, el viento,
 te han inclinado a Lisandro,
 y por parecerte a Venus,
 afeminados Adonis
 amas, no Martes de acero.
 Que siendo así, si a mi Aquiles
 no dan la muerte sus celos,
 pues he venido a tu corte
 por dar a su amor remedio,
 él es tal y tal amante,
 que antes que lloren incendios
 los troyanos robadores
 asolará a questo reino,
 dará la muerte a tu padre,
 pondrá a sus presidios fuego,
 vestirá de tocas viles
 a su opositor molesto.
 Y yo, que en fin soy su hermana,
 y ya como propias siento
 injurias de tus olvidos,
 pues obligarte no puedo,
 ministros de mi venganza
 hará el agua, el aire, el fuego,
 tierra, brutos, peces, aves,
 montes, prados, selvas, cielos,
 que a todos los injuria tu desprecio,
 pues aborreces lo que adoran ellos.

Vase

DEIDAMIA: Oye, prima, escucha, aguarda.
 Piadosos dioses, ¿qué es esto?

¿Son estas veras o burlas?
 ¿Es esto verdad o juego?
 Juego no, que es muy pesado;
 verdad sí, que ha descubierto
 amores que solos sabe
 el monstruo elocuente y bello.
 Si fue Aquiles; si es su hermana
 la que por tantos rodeos
 segunda vez ha encendido
 amores ausentes muertos,
 ¿qué mucho que al uno adore
 y a la otra pague el ingenio,
 para Aquiles favorable
 y para mi amor discreto?
 Todo el mundo en su alabanza
 se hace lenguas, los supremos
 oráculos y los sabios,
 pues quien en plazas y templos
 en vida está deificado
 y solamente sujeto
 a mi amor, más poderoso
 que todos, pues que le ha preso.
 ¿Qué mucho que el vencedor
 vencido goce trofeos
 de un alma que ya le adora,
 de un corazón que le ofrezco?
 Perdone mi padre el rey
 y perdóneme...

De dentro AQUILES

AQUILES: ¡Ay!
 DEIDAMIA: ¿Qué es eso?
 AQUILES: Tirana: tu ingratitud
 pide castigo a los cielos;
 tu desdén a Aquiles mata;
 más daños tu olvido ha hecho,
 pues tal capitán le quitas,
 que el torpe Troyano al griego,

.....

desdeñado de ti el pecho
donde indignamente vives.

DEIDAMIA: ¿Qué escucho? ¡Nereida! ¡Ay
cielos!

AQUILES: Abre esa puerta y verás
espectáculos funestos
de una fe menospreciada.

DEIDAMIA: Triste de mi, si eso es cierto;
mas, ¡válgame Apolo santo!
¿Quién eres, hombre sin seso?
¿Qué desleal te dio ayuda?
¿Por dónde entraste aquí dentro?

*Tira una cortina y halla a AQUILES, de hombre con
calzas y jubón bizarro*

AQUILES: Tu Aquiles soy, prenda cara.

DEIDAMIA: A tan grande atrevimiento
castiguen desdén y voces.

AQUILES: Nereida soy, ten sosiego.

DEIDAMIA: Acaba, pues, de aclarar
estos confusos misterios,
que en sola tu cara miro
dos rostros, uno y diversos.
¿Eres Nereida o Aquiles?

AQUILES: Uno y otro, que no quiero
con amorosos engaños
tener tu temor suspenso.
Disculpen llamas de amor
disfraces que han encubierto
con peligro de mi fama
el valor que en tanto tengo;
y tú, agradecida y noble,
paga servicios y excesos
de quien su ser ha negado
por dar a su amor sosiego;
¡Vive Dios, si eres ingrata...

DEIDAMIA: No acabes el juramento,
que me vences atrevido
y que me enamoras tierno.
¿Serás mi esposo?

AQUILES: Y tu esclavo.

DEIDAMIA: Si me olvidas...

AQUILES: ¿Cómo puedo?

DEIDAMIA: Mudándote.

AQUILES: Soy Aquiles.

DEIDAMIA: Eres hombre.

AQUILES: Y aun por eso...

DEIDAMIA: Búscate Grecia.

AQUILES: ¿Qué importa?

DEIDAMIA: Llevaráte.

AQUILES: No hayas miedo.

DEIDAMIA: Dejarásme.

AQUILES: Es imposible.

DEIDAMIA: Mataréme.

AQUILES: Forma ejemplo.

DEIDAMIA: Promete amor.

AQUILES: Es verdad.

DEIDAMIA: Nunca cumple.

AQUILES: El vil hace eso.

DEIDAMIA: Goza y huye.

AQUILES: El mal nacido.

DEIDAMIA: Jura y miente.

AQUILES: El lisonjero.

DEIDAMIA: ¿No lo eres tú?

AQUILES: Yo soy noble.

DEIDAMIA: Vendrá Ulises.

AQUILES: Sin efecto.

DEIDAMIA: Hallaráte.

AQUILES: No podrá.

DEIDAMIA: ¿Dónde estarás?

AQUILES: Encubierto.

DEIDAMIA: ¿Como hasta aquí?

AQUILES: Sí, mi bien.

DEIDAMIA: ¿Qué tanto?

AQUILES: Mide tú el tiempo.

DEIDAMIA: Mientras durare...

AQUILES: Mi vida.
DEIDAMIA: No, esta guerra.
AQUILES: Yo lo acepto.
DEIDAMIA: Largo plazo.
AQUILES: Por ti es corto.
DEIDAMIA: Jura.
AQUILES: Por tus ojos bellos.
DEIDAMIA: ¡Ay perjuro!
AQUILES: ¡Ay gloria mía!
DEIDAMIA: Tu esposa soy.
AQUILES: Di, mi cielo.

Danse las manos

DEIDAMIA: Perdona el rey, que por Aquiles dejo
 a Lisandro.
AQUILES: ¡Ay mi bien!
DEIDAMIA: ¡Ay dulce dueño!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen LICOMEDES y LISANDRO

LICOMEDES: ¿Con tantas quejas y prisa
ayer, viendo que no os doy,
Lisandro, a Deidamia, y hoy,
con voluntad tan remisa
me proponéis dilaciones
de tan flaco entendimiento
para vuestro casamiento?

LISANDRO: La princesa da ocasiones,
gran señor, para pedir os
que esta boda se dilate;
no quiera el cielo que trate
a costa de sus suspiros
cosa de que ella no gusta.
Después que a esta corte vino
Nereida, a lo que imagino,
mi presencia le disgusta.
Tibia me habla; no responde
con el amor y deseo
que antes; cuando la veo,
por no encontrarme, se esconde.
Todo su entretenimiento
es estar sola con ella,
y con la misma querella
que yo, muestran sentimiento.
Sus damas, pues, no hace caso,
por Nereida, de ninguna;
la más sabia es importuna;
la más amiga, ni un paso
con ella ha de dar que luego

Nereida no se lo impida;
 llámala su bien, su vida;
 si no la ve no hay sosiego;
 ella la viste, la toca,
 la adorna, peina y regala
 en el estrado, en la sala;
 por manos, ojos y boca,
 muestra el corazón la llama
 en que Deidamia está presa,
 su lado ocupa en la mesa,
 su lado usurpa en la cama.

Siempre abrazadas, por Dios,
 que me atormenta el recelo
 de verlas, sin ser del cielo,
 hechas Géminis las dos.

LICOMEDES: Es la princesa su prima;
 la sangre y la discreción
 vínculos del amor son
 que más la amistad estima.

Necia sospecha os abrasa.

LISANDRO: Necia o loca debe ser;
 mas de mujer a mujer
 muchas veces amor pasa
 de parentesco a...

LICOMEDES: Callad.

LISANDRO: Yo sé algunas ha habido,
 gran señor, que se han querido
 a lo malicioso.

LICOMEDES: Andad,
 que lo estáis vos; preveníos,
 que os tiene de dar la mano
 mañana.

LISANDRO: (¡Ay Amor tirano! Aparte
 autor sois de desvaríos;
 por Nereida pierdo el seso
 y de la princesa estoy
 celoso; un sujeto soy
 de disparates.)

LICOMEDES: ¿Qué es eso?

Salen ULISES y DIOMEDES de mercaderes

ULISES: Yo, poderoso señor,
soy un griego mercader,
que, sin mucho encarecer
de mi caudal el valor,
tengo dentro de mi casa
cuanto apetece la gente,
pues no hay tesoro en oriente
que a mi poder no se pasa.

No tiene púrpuras Tiro,
ni exhala aromas Sabá,
ni telas la Persia da
que en mis riquezas no miro.

Toda el Asia me tributa:
las minas con sus diamantes,
con marfil sus elefantes,
y el ámbar, que se disputa
si es sudor de la ballena
o de alguna planta goma,
con ser el mayor aroma,
mi casa cada año llena.

En fin, cuanta perla fina
en sus pesquerías dan
las riberas de Ceylán,
y cuanta piedra examina
la experiencia y el valor
que sus quilates sublima,
no se tiene por de estima
no siendo yo su señor.

Como el mundo se alborota
con esta guerra que abrasa,
a Grecia y Europa pasa
contra el Asia, la paz rota
que tantos años duró,
huír su rigor procuro,
que con Marte no hay seguro
mercader, ni lo estoy yo.

Supe que este rey, no sólo

estaba libre y exento
 del general juramento
 que sobre altares de Apolo
 hizo Grecia, de vengar
 la injuria del frigio amante,
 la seguridad bastante
 que en vuestra alteza he de hallar,
 pues por el mundo la fama
 vuela del rey Licomedes,
 sus favores y mercedes
 que a los extranjeros llama;
 y así, embarcando mi hacienda,
 siendo vuestro amor mi norte,
 vengo a ser en vuestra corte
 vecino, a fin que pretenda
 otra ganancia mayor
 de la que en serviros muestro,
 pues siendo vasallo vuestro,
 lo soy todo, gran señor.

LICOMEDES: A ocasión habéis venido
 en que fuera de estimar
 el que os vengáis a amparar
 de mí; seréis recibido
 con gusto, porque se casa
 la princesa, y le tendré,
 que vuestra riqueza dé
 nuevas joyas a mi casa;
 muchas os pienso comprar.

ULISES: Serviráse vuestra alteza
 de las de mayor riqueza;
 y entre otras le quiero dar
 una cautiva que canta
 como un ángel, tan hermosa
 como diestra.

LICOMEDES: Bella cosa.

DIOMEDES: En cara y en voz encanta.

LICOMEDES: Gustará Deidamia mucho
 con ella, que es inclinada
 a la música.

ULISES: Elevada

DEIDAMIA: Si Amor reciprocación
 de las almas nos ha unido
 y estás ya dueño querido
 en la quieta posesión,
 ¿qué importa que en pretensión
 te quiera hacer competencia
 quien provoca tu impaciencia?
 Pleitee perdidos bienes
 y goza tú, pues que tienes
 en tu favor la sentencia.
 ¡Ojalá yo no tuviera
 más ocasión de temer
 que te tengo de perder
 y más segura viviera!

AQUILES: Pues ¿de qué temes?

DEIDAMIA: Te espera
 Grecia contra Troya armada,
 y mientras es deseada
 la belleza, belleza es;
 mas no es belleza después
 que se goza, pues enfada.

AQUILES: Eso, cuando el apetito
 satisfecho queda en calma;
 no amor, potencia del alma,
 que ese crece en infinito.
 Amarte más solicito
 cuanto más llevo a gozar,
 pues si es amor desear
 sin que del término exceda,
 cuanto más gozo me queda
 en ti mucho más que amar.
 Ya yo, mi bien, te he jurado,
 mientras durare esta guerra,
 guardar la prisión que encierra
 la gloria que amor me ha dado;
 si de mujer disfrazado
 vengo esposa a poseer
 lo que de hombre he de perder,
 mujer mi dicha me nombre,
 pues nunca he sido más hombre

que después que soy mujer.

DEIDAMIA: Pues si intentas parecello
y mi pena asegurar,
siéntate aquí, que peinar
quiero tu hermoso cabello.

*Siéntanse y peina y toca DEIDAMIA a
AQUILES*

AQUILES: Tu amor oprime mi cuello;
obedecerte es forzoso.

DEIDAMIA: ¡Qué dilatado y hermoso!

AQUILES: Los griegos siempre criaron
largos cabellos.

DEIDAMIA: Causaron
con tal uso mi reposo,
pues si tú no los tuvieras
así, nunca me engañaras,
ni mujer ocasionaras
tus amorosas quimeras.

AQUILES: Pararon burlas en veras.

DEIDAMIA: Porque sueltos no me den
celos y a cuantos los ven
en tales lazos no venzas,
de ellos he de hacer dos trenzas,
que yo sé que te están bien.

Pon en mi falda el espejo
y mira en él los despojos
de tu cara.

AQUILES: Si en tus ojos
puedo verme, mal consejo
me das, por sus soles dejo
esa luna en que fingida
mi imagen miro esculpida,
pues en ti vive en su centro
mi amor.

DEIDAMIA: Cantando están dentro.

Canta dentro una MUJER

AQUILES: Oye, amores, por tu vida.

Cantan

VOZ: *"En el regazo de Omfale
el Tebano vencedor
de aquellos doce trabajos
que le intitularon Dios,
afeminado infamaba
la piel del Nemeo león,
que por imperial trofeo
corona y se viste el sol.
La rueca en vez de la clava
que a Mercurio consagró,
poblada de infame lino
que hilaba torpe amador,
en traje vil de mujer
dicen que le halló Jason,
noble por su vellocino,
y de esta suerte le habló."*

AQUILES: ¡Qué enfadoso y triste tono!

DEIDAMIA: ¡Qué claro metal de voz!

AQUILES: Para mi voz de metal es,
pues me incita a furor.
¿No ves cómo reprehende
mi amujerado valor,
y en nombre ajeno me injuria
su tácita reprensión?

DEIDAMIA: Anda, amores, que no es eso.

AQUILES: Pues ¿quién es la que cantó?

DEIDAMIA: Alguna de mis doncellas
que estará haciendo labor;
sosiégate, no te alteres,
que no en balde digo yo,
mi bien, que para dejarme
buscas cualquiera ocasión.

¿Negarásme esta verdad?

AQUILES: Para dejarte, eso no;
más para enojarme, sí.

DEIDAMIA: Para tenerte en prisión
he tejido yo estas trenzas.

AQUILES: Si por un cabello estoy
preso, esposa, en tu hermosura,
los demás supérfluos son.

DEIDAMIA: Ya he acabado de tocarte
oigamos, mi bien, los dos,
lo que cantando prosigue
que me causa admiración.

*Échase AQUILES en las faldas de DEIDAMIA y
ella con el peine le pule los cabellos. Canta dentro*

VOZ: *"¿De qué sirvieron los triunfos
del triforme Gerión,
del aborto de la tierra,
del vaquero robador;
si hazañas eternizando
después de tanto blasón,
en cobrando buena fama
a dormir os echáis hoy?
Júpiter es vuestro padre;
pero no sois su hijo vos,
pues degenera de serlo,
vuelto hombre vil, tal varón.
Peinad cabellos lascivos
que encrespados miré yo
asombrar la esfera eterna
que vuestro hombro sustentó."*

AQUILES: Ya no se puede sufrir
tanta afrenta, vive Dios,
que por mí lo dice todo,
viendo que sufriendo estoy
el vil peine en mis cabellos.
¡Fuera torpe afición;

vengad injurias cantadas
y volved, honra, por vos!

DEIDAMIA: Mi bien, ¿quieres sosegarte?

¿En eso estimas mi honor?

¿En eso tus juramentos?

¡Cielos, perjuro salió!

Aquiles, cielos, Aquiles,

de Deidamia violador,

rompe la fe que me ha dado.

¡Mirad que satisfacción!

AQUILES: No des voces, prenda mía.

DEIDAMIA: Voces y querellas doy

al cielo de ti ofendido

a tu rota obligación;

yo, ingrato, me daré muerte

a tus mismos ojos, yo...

AQUILES: Basta, no haya más, no llores;

preso en tus brazos estoy

cante o no cante en mi ofensa

quien mi pecho alborotó.

Hércules hiló vestido

de mujer, mas no perdió

por eso la eterna fama

que le da nombre de dios,

ni yo perderé la mía

si, como su imagen soy

en el ánimo y esfuerzo,

lo intento ser en su amor,

pues los dioses autorizan

mi amante transformación.

Canta

VOZ: *"No se ganan los blasones*

que de eterna fama son,

entre afrentosos afeites

que la sangre es su color.

Echado en la áspera falda

de un monte, durmiendo os vio

despedazar entre sueños

los tigres vuestro valor,

*mas no en las de una mujer
 qué nunca se levantó
 de tan torpe y blanda cama,
 si no es enfermo el honor.
 Al arma toca Marte, al arma Amor;
 el uno es apetito, el otro dios.
 Al arma toca Marte, guerra, guerra,
 lo que el valor infama, el valor venza."*

Tocan cajas y trompetas

DEIDAMIA: Mi bien, espera, aguarda,
 que sale el ley.

AQUILES: ¿No ves que toca al arma?

DEIDAMIA: Sosiega que es fingido.

AQUILES: Torpe afrenta,
 lo que el amor infama, el valor venza.

DEIDAMIA: ¿No te quieres sosegar?

AQUILES: ¡Ay, cielos! ¿En dónde estoy?

DEIDAMIA: Conmigo. Tu esposa soy.

AQUILES: Déjame, amores, llevar
 del ímpetu belicoso
 de la música.

DEIDAMIA: ¡Maldiga
 el cielo la voz que obliga
 a perturbar mi reposo!
 Asegura mis temores
 que viene el rey, ¡ay de mi!

AQUILES: (¿Cuándo saldremos de aquí,
 Aparte
 traje vil, torpes temores?)

Salen LICOMEDES y LISANDRO

LICOMEDES: Notable voz.

LISANDRO: Peregrina.

LICOMEDES: Hija, de industria he querido

que hayas la música oído
 sin verla. Hermosa sobrina,
 una esclava os he feriado,
 cuya süave destreza
 suspenda vuestra belleza.

AQUILES: Las dos la hemos escuchado.
 y es digna de tal señor.

Sale DIOMEDES

DIOMEDES: Ya están las joyas aquí,

Sale ULISES

que mandas traer.
 ULISES: (Salí Aparte
 con astucias vencedor
 de engaños y de disfraces.
 La turbación de la cara
 de aquella mujer declara
 que, entre afeminadas paces,
 encubre lo que pretendo.
 El pecho le alborotó
 el bélico son que oyó;
 toda el alma le estoy viendo.)
 Gran señor, con tu licencia
 intenta ser liberal
 esta tarde mi caudal,
 pues estando en la presencia
 de estas bellezas, no es justo
 dejar de reconocer
 con tributos su poder.
 Elija paños el gusto
 de la princesa y sus damas,
 que esta tienda a saco doy.

*Descorre una cortina y descúbrese una tienda
 de joyería con mucha riqueza, y a un lado un espejo grande,*

una rodela de acero y una lanza

LICOMEDES: Agradecido os estoy;
 plumas dais a muchas famas.
 Feriad joyas, hija mía;
 sobrina, joyas tomad,
 que el valor y cantidad
 pagaré yo.

ULISES: No sería
 dar, señor, las ferias yo,
 sino avariento vendellas.
 Vuestras son el dueño y ellas;
 dadas, sí; vendidas, no.

DEIDAMIA: Alto, pues, yo quiero hacer
 principio. Esta banda tomo,
 este anillo y este pomo.
 Prima, ¿dónde vas?

AQUILES: A ver,
 para verme en este espejo.

*Mirase en el espejo, y afréntase de verse
 mujer*

DEIDAMIA: No te enamores de ti.

AQUILES: (¡Ay, cielos, mi imagen vi Aparte
 afrentada a su reflejo!
 ¡Qué bien mi infamia declara!
 Aquiles torpe, ¿qué hará
 todo el mundo cuando os da
 un cristal con él la cara?
 ¡Oh, quién pudiera arrancaros,
 rizos infames, sin ser
 conocido! No oso ver
 en desengaños tan claros
 mi vileza; una rodela
 es aquélla y una lanza.)

ULISES: (Salió cierta mi esperanza, Aparte
 venció mi sutil cautela.)

Éste es Aquiles, Diomedes,
de haberse visto en tal traje
se afrenta.

AQUILES: ¿Con tal ultraje,
blando amor, vencerme puedes?

Embraza la rodela y vibra la lanza

Ésta sí que es digna joya
del valor de que estoy falto.
¡Toca al asalto, al asalto!

*Tocan a guerra dentro cajas y clarines. AQUILES
detrás todos*

UNOS: ¡Viva Grecia!

OTROS: ¡Muera Troya!

AQUILES: ¡Muera Troya y Grecia viva!

Aquiles soy, ¿qué teméis?

La victoria alcanzaréis.

¡Al asalto, arriba, arriba!

LICOMEDES: ¿Qué es esto mujer? Detente,
perdió el seso.

LISANDRO: Muerto soy.

Vase

DEIDAMIA: Perdí todo mi bien hoy.
¿Qué has hecho esposo imprudente?

*Huyen todos. Vuelven a salir LICOMEDES y
ULISES*

LICOMEDES: Mujer loca, vuelve en ti.

ULISES: No es mujer, aunque merece
del traje que le envilece,

que le intitulen así.
 A Aquiles encubre aquí
 el disfraz de un torpe amor;
 mira el daño, gran señor,
 que a Grecia toda resulta,
 mientras con tocas oculta
 su victoria tu favor.

LICOMEDES: ¿Qué dices?

ULISES: Que el cielo saca
 de entre tímidas mujeres
 a Aquiles.

LICOMEDES: Y tú, ¿quién eres?

ULISES: Ulises soy, rey de Itaca.

LICOMEDES: ¿Hay mayor traición?

ULISES: Aplaca
 el justo enojo.

LICOMEDES: Matad
 ese traidor.

ULISES: La beldad
 de la princesa ha podido
 tener el héroe escondido
 más fuerte de nuestra edad.

*Salen AQUILES vestido de hombre, la espada desnuda y
 la rodela, tendidos los cabellos; DEIDAMIA y DIOMEDES*

AQUILES: ¿Quién ha de matarme a mí?

Deidamia es esposa mía,
 el que estorbarlo porfía
 salga al campo si está en sí.
 Ya con el traje rompí
 prisiones del amor tierno;
 tu yerno soy, juzga eterno
 el blasón de tu valor,
 pues no puede ser mayor
 que tenerme a mí por yerno.

ULISES: Ni más ilustre renombre
 que el que hoy mi industria ha adquirido
 pues hoy te ha restituido

a tu primero ser de hombre.
Ulises soy, no te asombre
que a engaños venzan engaños;
restaura pasados daños,
mancebo ilustre, y no ocultes
tus hazañas ni sepultes
las primicias de tus años.

¿Será razón que consumas
en regalos de Cupido
de tu edad lo más florido
y ganar fama presumas?
Ya corta la infamia plumas
con que escriba a tu memoria
satírica y torpe historia,
y en los brazos de Deidamia
eternizando tu infamia
ciegue el camino a tu gloria.

Grecia te aguarda, mancebo,
y en ti funda su esperanza;
profética es la venganza
que en ti nos promete Febo.
Como el águila te pruebo
a los rayos de la fama
que contra Troya te llama.
Afréntete aquí escondido,
Héctor de acero vestido
y tú de cobarde dama.

El troyano robador
desde los muros responde
que el temor es quien te esconde
en vil mujer, no el amor.
Pues ¿será bien que el temor
blasone que te ha encerrado
cobarde y afeminado
entre basquiñas y galas,
por plazas de armas las salas,
por el caballo el estrado,
por los penachos las tocas,
por los muros los tapices,
que delicado matices

seda que lascivo tocas?
 Todo el mundo se hace bocas
 contra ti.

AQUILES: No digas más,
 que si así en cara me das
 con infamia ya tan clara,
 te ha de salir a la cara
 y no sé si vivirás.
 Ya con el infame traje
 los afectos desnudé
 del torpe amor. Ya olvidé
 de amor el blando lenguaje.
 Yo satisfaceré mi ultraje
 de mi valor represado,
 cual río que violentado
 estrecha canal encierra:
 guárdese de mí la tierra,
 pues las presas han quebrado.
 Inundará mi furor a Troya,
 no en agua, en fuego,
 vengaré el agravio griego;
 Héctor sabrá mi valor.
 ¡Fuera liviano Amor;
 afuera prisión prolija,
 Belona trofeos me erija,
 y tú, rey, guarda el decoro
 a la princesa que adoro
 como a mi esposa y tu hija!

Vanse

LICOMEDES: Si Aquiles me ha de dar nietos
 de eterna fama, ya estoy
 satisfecho.

DEIDAMIA: A llorar voy,
 mudanzas, vuestros efectos.
 Rompió disfraz y secretos
 el artificio y engaño:
 ¡Ay costoso desengaño,

nunca el Asia a Troya viera,
 porque nunca padeciera
 ella el castigo y yo el daño!

*Vanse. Salen NISIRO y PELORO, soldados, y
 GARBÓN, sin armas, graciosamente vestido*

PELORO: En fin, para nuestra guerra,
 ¿te alistaste por soldado?

GARBÓN: En mi vida fui quebrado,
 ciclán sí; nací en la tierra,
 que engendra, por ser tan fría
 de cuando en cuando capones.

NISIRO: ¿Qué armas o municiones
 traes, pues?

GARBÓN: ¡Gentil bobería!
 Armado de aqueste modo
 salga un gigante al encuentro.

PELORO: ¿Pues qué armas llevas?

GARBÓN: Van dentro
 y son contra el mundo todo.
 Contra enemigo casero,
 mujer que gruñendo abrasa
 son armas, en yendo a casa,
 entrar riñendo primero.
 Contra celos, si excusarlos
 no puede ser, por no oírlos,
 traigo armas de no pedirlos,
 que es dar licencia de darlos.
 Contra una suegra emperrada
 doy cuñada a mi mujer,
 porque tengan siempre que her
 la suegra con la cuñada.
 Contra el amor tengo ausencia;
 contra desvergüenza, un palo;
 contra flaqueza, regalo;
 contra la muerte, paciencia.
 Contra la pobreza, maña,
 que la industria siempre medra;
 a un testimonio, una piedra;
 a un "vos mentís," una caña;

a la ambición, paja y heno;
 a la pretensión, espuelas;
 dos trampas a dos cautelas;
 a la prosperidad, freno;
 a amigo que pide, digo,
 "Daros quiero y no emprestar.
 por no perder al cobrar
 la deuda con el amigo."

Y por ahorrar de contienda,
 sino el amigo el deudor,
 sobre prendas doy mejor
 cuando más vale la prenda.

Guardar dineros ajenos
 es en mí cosa vedada,
 porque dinero y cebada
 a más contar se halla menos.

Contra injurias tengo olvido,
 sólo no he podido hallar
 armas que puedan bastar
 contra un necio presumido.

Aunque huír su menosprecio
 diz que es remedio gallardo,
 y así las espaldas guardo
 para la guerra y el necio.

NISIRO: Bien armado está el modorro.

GARBÓN: Con esto quito ocasiones;
 que entre espadas y picones
 cuando no corro, me corro.

Salen TEBANDRO, SOLDADOS y DEIDAMIA, de hombre

DEIDAMIA: Esto es hecho, ya yo estoy
 en el griego campo; excusa
 persuasiones.

TEBANDRO: De ellas usa
 la fe con que te las doy;
 que no sé si ha de llevar
 bien tu esposo el verte aquí.

DEIDAMIA: ¿Hame llevado tras sí

el alma y no se ha de holgar
que el cuerpo sus pasos siga?

TEBANDRO: Primero que él has llegado.

DEIDAMIA: Celos las alas me han dado,
vuela Amor, la ausencia instiga.

Todo deseo es ligero
y toda ausencia pesada.

TEBANDRO: Entre tanta gente armada,
tanta lanza, tanto acero,
¿cómo has de hallarte?

DEIDAMIA: Mejor
que entre escuadras de desvelos,
entre ejércitos de celos
y entre muros de temor.

No tendré yo gusto igual
si a Aquiles mis ojos ven;
que en presencia, el mal es bien,
y en ausencia el bien es mal.

¡Bravos muros!

TEBANDRO: Son de Troya,
a quien el Asia obedece.

DEIDAMIA: ¡Brava gente los guarnece!

TEBANDRO: La honra es la mejor joya,
todos compiten por ella
en el campo y la muralla,
los unos por restauralla,
los otros por defendella.

Treguas gozan por diez días
los dos campos enemigos.

DEIDAMIA: En ellas serán testigos
de galas y bizarrías,
que saca la ostentación
para recibir mi esposo.

TEBANDRO: Con su venida orgulloso
está el griego.

DEIDAMIA: Y con razón.

TEBANDRO: Y el troyano, con mayor
ánimo, a lo que parece,
que en el noble pecho crece
a más riesgo más valor.

DEIDAMIA: Escucha, que llega ya
al campo el esposo mío.

TEBANDRO: Majestuoso señorío,
miedo y gusto a un tiempo da.

DEIDAMIA: Y las troyanas murallas
están de hermosuras llenas.

TEBANDRO: Si son damas sus almenas
suba amor a conquistallas.

DEIDAMIA: En fe de las treguas gozan
la paz que el derecho encierra.

TEBANDRO: ¿Treguas dices? Llama guerra
bellezas que almas destrozan.

DEIDAMIA: Lleguémonos a esta parte,
verémosle entrar mejor.

TEBANDRO: Con tal guarnición, Amor,
no asaltará Troya a Marte.

*Música de chirimías. Salen a los muros
POLICENA y CASANDRA, y otras damas muy bizarras*

POLICENA: ¡Qué gallarda ostentación,
si no fuera de enemigos!

CASANDRA: El valor no desmerece
por esta causa, si es digno
de alabanza.

POLICENA: Ni yo quiero
disminuirle, aunque envidia
a los contrarios la gloria
que con él se han prometido.

CASANDRA: Si es cierto lo que encarecen
oráculos y adivinos,
a Troya ha de conquistar.

POLICENA: ¡Qué soñados desatinos!
A Hércules le comparan
elogios ponderativos;
mas no es tan fuerte el león
como le pintan.

CASANDRA: Vestido
de mujer, dice la fama,

que Ulises le halló, y colijo
 por la causa los efectos
 de este ensalzado prodigio.

POLICENA: Si amor, absoluto en todo,
 y no el temor, como he oído,
 le disfrazó, no me espanto
 que es invencible, aunque niño.

*Salen con cajas y trompetas marchando, ULISES, un
 PAJE de jineta y otro con una celada en una fuente, y AQUILES
 armado con sombrero y bastón, todo, muy bizarros y
 GARBÓN*

CASANDRA: Él tiene bizarro talle,
 si al cuerpo conforma el brío
 que muestra, dichosa Troya
 a tenerle por caudillo.

POLICENA: No nos hace Aquiles falta
 mientras Héctor esté vivo;
 puesto que tras sí me lleva
 el alma con el sentido.

GARBÓN: ¡Oh, Arquillas de mis entrañas,
 no quepo de regocijo
 por ambos dos carcañales
 en somo de mis hocicos!
 Garbón soy, ¿no me conoces?

AQUILES: ¡Oh, Garbón!

GARBÓN: Fui vaquerizo;
 mas dejélo por la guerra;
 busquéte un mes, y aborrido
 de no hallarte, di en soldado.

AQUILES: Huélgome de haberte visto.

GARBÓN: Esquilón llora por ti,
 con ser viejo, como un niño.

AQUILES: Téngole en lugar de padre.

GARBÓN: Bravamente te han vestido.
 ¿Dónde compraste ese sayo,
 que tan al justo te vino?
 Ni tien costuras, ni pliegues,

pardiez, que está bien tejido;
de vidrio pensara que es,
si hubiera sastres de vidrio.

NICANDRO: Donoso está el ignorante.

GARBÓN: Si, cual dicen, has venido
a ser nuestro general,
también yo tengo mi oficio.

AQUILES: Y ¿cuál es?

GARBÓN: Cabo de escuadra
me ha de ser prometido
el capitán que nos trujo
por un hecho peregrino
que me vio hacer en un pueblo,
y merece estar escrito
y aun guardarle en los archeros.

PALAMEDES: Mentecato, en los archivos.

GARBÓN: Eso de chivos es pulla.

AQUILES: Es tan donoso y sencillo,
que el oírle me entretiene.

ULISES: Ya le conozco.

GARBÓN: Es mi amigo.

AQUILES: Hermosa coronación
de muros; si guarnecidos
de tales armas están,
¿quién no teme su presidio?

ULISES: La princesa Policena,
de la hermosura prodigio,
es aquélla con sus damas
que a verte entrar han salido.
Treguas hay; si verla quieres,
acércate más.

AQUILES: ¡Divino,
milagro; belleza rara!
Si tal tesoro conquisto
¡qué hazañas más bien premiadas!
De nuevo ánimo infundido
siento, Ulises, mi valor
con la hermosura que miro.

Hácele POLICENA señas con un lienzo

ULISES: Señal te hace con un lienzo
para hablarte.

DEIDAMIA: Celos míos,
¿qué escucháis? ¿Qué es lo que veis?
¿Ayer ausencia, hoy olvidos?

CASANDRA: Escucha, que ya se acerca.

AQUILES: Ardid debe de haber sido,
puesto, señora, que nuevo
el mostrar al enemigo,
en fe de que no le temen,
los despojos más lucidos;
y no sé si es discreción,
que yo, después que os he visto,
por la dicha del ganarlos
pienso atropellar peligros.

POLICENA: Si en fe de ser tan galán,
príncipe, lo que habéis dicho,
es cortesía amorosa,
a gozar hemos venido
vuestra gallarda presencia;
pero si habláis presumido,
sabed que son cazadores
nuestros troyanos invictos,
y que os ponen el reclamo
porque con él divertidos,
os entendemos coger
en las redes de Cupido.

AQUILES: Poderoso estratagema;
discreto y sutil arbitrio.
Diera yo por verme preso
en vuestros lazos divinos
el alma, que ya no es mía;
ya me parecen prolijos
los términos de esta tregua,
pues dilatar han podido
conquista de estima tanta,
y a poderla hacer suspiros,
fueran de poco provecho

máquinas, flechas y tiros.

POLICENA: ¡Ay! Si vos fuéades nuestro,
diérais yo...

CASANDRA: ¡Qué desvaríos,
señora, el respeto ofenden
a tu recato y jüicio!

POLICENA: ¿Qué he de hacer? No puedo más;
aunque la lengua reprimo,
es móvil primero el alma
de las palabras que digo.

DEIDAMIA: ¿Que esto escucho y no me vengo?
Celos, ¿a esto hemos venido?

TEBANDRO: ¡Señora!

DEIDAMIA: Estoy por dar voces.
¡Ay, esposo fementido!

ULISES: Despidete, que se acerca
nuestro campo, que ha sabido
nuestra venida, y el rey
sale a él a recibirnos.

AQUILES: Despide tú, si es que puedes,
la luz del sol; saca el Nilo
de su madre; quita al fuego
el calor, que es su principio,
y será posible entonces
despedirme del hechizo
que he bebido por los ojos.
Partiréme de mí mismo.

*Cajas y trompetas, salen SOLDADOS marchando,
PATROCLO, y detrás MENELAO, viejo, con bastón*

AQUILES: Déme vuestra Majestad
los pies.

MENELAO: Brazos apercibo
para coronar los hombros
en que ha de tener alivio
el peso de mi venganza.
Vos seáis tan bien venido
como en Grecia deseado,

gloria y sol de nuestro siglo.

PATROCLO: Abrazad vuestro Patroclo
si os acordáis de él.

AQUILES: ¡Oh, amigo!
¿Cómo pueden olvidarse
amistades desde niños?
Juntos nos hemos criado;
y agora el veros estimo
en lo que ganará Troya.

PATROCLO: Dándoos los brazos, confirmo
de nuevo nuestra amistad.

Sobre los muros, HÉCTOR armado

HÉCTOR: Príncipe, que en vaticinios,
profecías y esperanzas,
si no mienten adivinos,
conquistador os blasonan
de nuestra ciudad, dominio
del Asia, corte y cabeza
del célebre reino frigio;
después de daros alegre
y cortés el bien venido,
pues venciendo os esperamos
fama que eternizan libros;
para que no dilatéis
los triunfos que prevenidos
os tiene Grecia, fiada
en vuestro valor invicto,
con permisión de las treguas,
cuerpo a cuerpo, os desafío
para mañana.

AQUILES: ¿Quién sois,
confiado comedido,
vos, que me desafiáis?

HÉCTOR: Héctor, mayor de los hijos
de Príamo, rey troyano.

AQUILES: Mostráis, príncipe, cuán digno
sois de la fama que os honra,

y aceptando el desafío
 os retorno parabienes
 que, por ser vuestros, estimo.

*Échale un guante HÉCTOR y otro
 POLICENA, coge éste DEIDAMIA y el otro PATROCLO, y entrambos
 AQUILES*

HÉCTOR: Recibid, pues, ese guante.

POLICENA: Y éste también, por ser mío,
 que si el de mi hermano os reta,
 ése os favorece.

AQUILES: Admito
 el uno y el otro ufano.

PATROCLO: Estando Patroclo vivo,
 desafiado primero,
 mi derecho es más antiguo,
 y así este guante me toca.

Con banda al rostro, DEIDAMIA

DEIDAMIA: Y éste a mí, pues, ofendido,
 si para vos de favor,
 de guerra para mí ha sido.

AQUILES: Suelta Patroclo, si intentas
 no ser de hoy más mi enemigo,
 Suelta tú, si no pretendes
 dar á mis celos principio.

PATROCLO: Yo he de pelear con Héctor
 primero, Aquiles, que he sido
 primero desafiado.

DEIDAMIA: Yo he de matarme contigo
 antes que el guante te dé.

AQUILES: ¿Quién eres, hombre atrevido?

DEIDAMIA: Sabráslo si me buscares.

AQUILES: ¿Dónde?

DEIDAMIA: ¡Traidor, en ti mismo!

Vase

AQUILES: Tenedle. ¿Qué es esto, cielos?

HÉCTOR: Si estás, Patroclo, ofendido,
hagamos nuestra batalla
luego los dos.

PATROCLO: Eso pido.

HÉCTOR: Pues espera que ya bajo.

ULISES: Dar fin a esta parte quiso
nuestro autor; con la segunda
mañana os convida Tirso.

FIN DE LA COMEDIA